

SERREMIAS

SUCESOS

DE

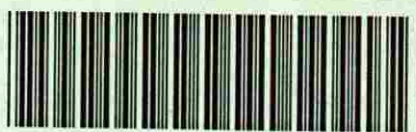
PUEBLA

91

21

F139
.p9
H5

0851



1020004642



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



108521

F1391

p9

H5



FONDO
FERNANDO DÍAZ RAMÍREZ

Mi impresión y mi opinión

Acabo de leer un puñado de cuartillas mecanografiadas que me entregó Ignacio Herreras, diciéndome: "Aquí tiene usted el original de «Los sangrientos sucesos de Puebla» que voy a lanzar a la publicidad; usted lo sabe, fui testigo presencial de ellos, y por eso consagré toda mi voluntad al relato que hago en estas páginas, para las cuales solicito de usted un prólogo."

Leí, volví a leer y releí el interesante relato, llano y sencillo como de repórter, pero intenso, intensísimo, como de Herreras, joven de temple nervioso, de imaginación exaltada y de poderosas energías intelectuales.

Efectivamente, mi compañero de labores fué testigo presencial de los sangrientos sucesos historiados en este libro; reportaba para uno de los diarios metropolitanos, é incidentalmente se hallaba en la capital angelopolitana por asuntos profesionales, cuando ocurrió la tragedia.

No olvido todavía la violencia del sacudimiento nervioso que en mí produjo la lectura de las correspondencias telegráficas que Herreras envió a su periódico. Vibrantes eran los relatos, y recuerdo que produjeron impresión profundísima en el ánimo del público.

Así tenía que ser, porque las correspondencias tenían mayor interés que cualquiera de las otras publicadas en esa época; como que fueron escritas en el mismo escenario de los acontecimientos; las cuartillas que enviaba el repórter a la oficina telegráfica, transmitiendo la información, llevaban salpicaduras de sangre humana fresca, la de las víctimas del drama.

La reconstrucción del sangriento drama, hecha por Herreras para el libro en cuyo frontis irán estas líneas de impresión, tiene mayor interés, seguramente, que las correspondencias escritas por él a raíz de los sucesos.

Es una serie de cuadros de vida intensa, en cada uno de los cuales vibra un haz de nervios del autor. En fondo oscuro, casi negro, donde el astro de la paz ha sido eclipsado por la sombra de Caín, se destacaron rojas manchas de sangre, la de los hermanos, la de los hijos de la misma pa-

tria, que se asesinan los unos á los otros; y como figura de primer término aparece la sombría de Aquiles Serdán, el indómito neurasténico, cuyo valor temerario hubiera sido digno de causa más razonable.

Cerca de Aquiles se destaca, en este libro, una figura vigorosa de mujer, la hermana del rebelde, rebelde también ella como él, y varonil como las espartanas, pero de extraviado criterio. Carmen Serdán habría sido, seguramente, en otro medio y en distintas circunstancias, una Josefa Ortiz de Domínguez ó una Leona Vicario.

El libro de mi compañero de labores reporteriles debe ser leído, para poder sentirlo, para vivir con él la vida de su relato rojo. Es un libro de intensidad nerviosa y no podría transmitirse al lector en las líneas de un breve prólogo, la impresión que produce la lectura de estas páginas ensangrentadas, en las que Caín agita su robusto brazo, cuya crispada mano oprime el arma fratricida.....

..... Vuelve esta página, lector, y que el relato sacuda tus nervios con sus escenas de tragedia Sheakesperiana.

El libro de Herrerías viene á ser el prólogo documentado de la historia trágica que en el futuro se escriba, acerca de la guerra civil que tiene por escenario las abruptas montañas del Norte.

MEDARDO FERNANDEZ

México, Febrero de 1911.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

La Semilla.

Allá, por los meses de Mayo ó Junio del año pasado, se supo en Puebla, con toda anticipación, que el leader antirreeleccionista D. Francisco I. Madero visitaría la angélica ciudad, predicando su doctrina; y fué mucho, porqué no decirlo, el entusiasmo que tal anuncio despertó, especialmente entre el pueblo.

El Estado tiene numerosas fábricas, y por lo tanto, crecido número de obreros; y fué entre ellos donde la noticia causó más efecto. Conocer á Madero, verlo de cerca, ser elogiados por él, escuchar su palabra, eran, para aquellos modestos é incansables trabajadores, algo raro, algo como una dicha de que solo disfrutarían los elegidos, y ellos lo eran.

«Sufragio libre,» «Democracia,» «No reelección» eran frases ó palabras que apenas empezaban á comprender, y Madero iba á explicárselas. Además, «hablaría contra el gobierno,» era un hombre «de muchos calzones;» «tenía valor para enfrentarse con Don Porfirio».

Aquiles Serdán, afiliado ya al partido Antirreeleccionista, no descansaba un momento en su propaganda, convidando á cuanto amigo tenía, invitando á los obreros en grupos, circulando profusamente avisos de mano y ejemplares de periódicos de su partido, en los cuales se participaba la grata nueva de la visita de Madero.

Y Puebla había sido cuna de la reelección, puesto que se fundaron nada menos que seiscientos Clubs, en todos sus distritos, para postular á los Señores Díaz y Corral para la Presidencia y Vice-presidencia, respectivamente.

El General D. Mucio Martínez, es seguro, no pensó en los resultados de la propaganda maderista, no abrigó temores; se confió en su mano férrea, en su energía y en su fuerza para reprimir cualquier mitote, y quiso, por otra parte, dejar á los maderistas ejercitar un derecho que

la Constitución les otorgaba. Por eso Madero y los suyos no fueron molestados.

De la estación de ferrocarril, situada en las goteras de la ciudad, al Hotel del Jardín, que se halla en el centro, cerca de la Catedral, atravesó Madero, seguido de los principales antireeleccionistas, por entre una compacta multitud que, ébria de entusiasmo, le aplaudía sin cesar, le vitoreaba como á un héroe.



Grupo de Don Francisco I. Madero y sus correligionarios poblanos.—A la derecha de Madero, Aquiles Serdán.

El Jefe Político D. Joaquín Pita, hombre culto y de recto criterio, aleccionó perfectamente á la policía para que, en caso dado, obrara con toda calma, con toda mesura; y él personalmente, desoyendo los consejos y amenazas para que no fuera, pues «iban á matarlo,» ocurrió á la estación y siguió el cortejo hasta el hotel donde se hospedó Madero.

Arremolinóse la multitud frente al hotel, hubo gritos, imprecaciones, quejas, ayes de dolor; no faltaron lesionados: todo por acercarse más á los muros del edificio.

Madero apareció en uno de los balcones y habló, habló largo y tendi-

do, con energía, con valor, sin miedo. Los aplausos le interrumpieron varias veces. El pueblo comenzó á comprender.

Fué el de Madero, en aquél entonces, un paseo triunfal por la ciudad de Puebla, y debe haber marchado muy satisfecho de su obra.

La simiente estaba echada en el surco. Había que regarla, que cuidarla para que fructificara.

Para eso estaba Serdán.

Desde entonces, desapareció la tranquilidad en Puebla. Así, ya se sabía que el Gobierno trataba de imponer á sus candidatos, y que estos nada nuevo harían en provecho del pueblo.

En cambio, Madero presentaba un programa sugestivo, interesante, lleno de buenas ideas, de nobles promesas: habría justicia completa; la Constitución no sería reformada por ningún concepto; los jornales á los obreros aumentarían.....

—¡No reelección! ¡Sufragio libre!—se escuchaba.

—Debemos elegir á Madero!

—¿Le has oído hablar?—se preguntaba en voz baja.

—Sí; estuvo valiente! ¿Qué dirá Don Mucio?

—Lo que es con este si no se mete—agregaba un tercero.

En un pueblecito llamado San Felipe, cuatro mujeres, cuchillo en mano, obligaron á una pareja de enamorados á tomar un vaso de pulque y á gritar ¡viva Madero!

Calmados sus ímpetus, el enamorado, de cierta manera, las interrogó:

—Y ¿quiénes Madero?

—¿Madero? Pues.....Madero, ja, ja, ja.....contestó una de las ébrias echándose á reír.

Naturalmente, no sabían quién era Madero. Sólo habían oído vitorearlo.

—Tu ¿qué eres—interrogaba uno, como diciendo: «qué nacionalidad tienes»—y respondíanle, quedo:

—¿Yo? maderista.

Siempre es grato hablar contra el Gobierno aunque nada nos haya hecho, por eso se acogía con entusiasmo cuanto se escuchaba en ese sentido.

Entre los estudiantes, hubo una crisis notable. Los más aplicados dejaron á un lado los libros para entregarse á la lectura de artículos contra la reelección y sobre la democracia. Hubo reuniones en las cuales se pronunciaron discursos valientísimos. Jóvenes de quince años que gus-

tosos se hubieran lanzado á la pelea en aquellos momentos de entusiasmo.

La juventud que piensa no podía permanecer callada ante el despertar de un pueblo!

Fué necesario, según supe, que muchos de ellos, pensionados por el Gobierno, fueran expulsados.

Esta medida aumentó la indignación de muchos exaltados, pero fué elogiada por otros.

Yo, relato lo que llegó á mis oídos ó lo que ví. No me inclino ni á uno ni á otro lado.



Cateos Preliminares.

Un hombre de pelo y bigote entrecano, de color moreno, facciones recias, mirada dura, penetrante; con ancho sombrero de charro, de color negro; chaqueta y pantalón ajustados, pistola en el cinto y ademán resuelto, se detiene en la puerta de la casa que en la calle de Santa Clara tiene el conocido maderista Aquiles Serdán y se vuelve rápidamente para hablar con cuatro hombres que le siguen.

Uno de ellos es oficial de endarmes; otro lleva el uniforme de gendarme, y dos de paisanos. Estos son policías secretos.

El hombre vestido de charro es el Coronel D. Miguel Cabrera, jefe de la policía de Puebla, muy conocido en México por haber tomado parte en el linchamiento de Arnulfo Arroyo, siendo segundo jefe de las comisiones de Seguridad.

Odiado generalmente en Puebla, pasa, sin embargo, lleno de orgullo, por entre las multitudes. No teme á una puñalada artera ni á una bala disparada por hábil tirador; está acostumbrado á tratar con criminales, á aprehenderlos, atormentarlos, según se murmura; y sabe que entre el pueblo difícilmente habrá uno que sea tan cobarde de matarlo por la espalda.

Frente á frente.... ¡Ab! El que se atreva á atacarlo frente á frente, morirá!

Habla con sus hombres, repito, y todos cinco penetran á la casa, cerrando cuidadosamente el zaguán como para que no vaya á acercarse y ver algo un indiscreto.

Una vecina curiosa, que demuestra estar enterada de lo que se trata, dice á otra, en la puerta de una dulcería cercana:

—Vienen á catear la casa de Don Aquiles.

—Pero ¿está él ahí?

—Dicen que fué á hablar con Madero para lo del gobierno, pero que ya regresó.

—¡Pobrecito! Ahora lo van á «apresar.» Yo á la que siento es á la mujer y á los niños. ¡Figúrese usted lo que sufrirán con estas cosas!

En efecto, la policía iba á la casa de Serdán para practicar un cateo.....y para buscarlo.

Ya entonces se sabía que algo misterioso preparaba; que era él quien hacía circular entre las clases obreras algunas hojas impresas que no eran ciertamente para tranquilizar á las autoridades; y además, se tenía noticia de que había ido á conferenciar con Madero y á recibir órdenes para continuar, con tezon, la propaganda antireeleccionista.

Estaba acusado, también, y la policía necesitaba echarle el guante, aprehenderlo, cortarle las alas, en una palabra, ya que su obra se consideraba como perturbadora de la tranquilidad pública.

Pascual Mendoza, el jefe de los gremios obreros de Puebla, protestaba que estos no se ocupaban en política, que no había peligro de que leyeran



Casa de Serdán.

las proclamas de Serdán, y á decir verdad, más tarde se comprobó que los obreros tienen más cariño por el taller y por el hogar, al lado de sus familias, con el amor de sus madres y de sus hijos, que simpatía por la revolución.

Aquella vez, á la que me vengo refiriendo, la policía no encontró nada en la casa de Aquiles Serdán, excepción hecha de algunos documentos sobre los antireeleccionistas.....y una oposición tenaz y brava, de par-

te de la esposa de Aquiles, para permitir que los policías entraran en sus habitaciones.

Hubo un momento en que la señora, de pie frente á la puerta de su recámara, con los brazos abiertos, pálida de ira, gritó á Cabrera señalando su pieza:

—¡Aquí está Aquiles; entre Usted si se atreve!

Y se asegura que Cabrera, aparentando sonreír, no hizo caso de tal indicación y salió de la casa, seguido de sus subalternos.

¿Serdán estaba allí, armado, resuelto á matar ó morir antes que dejarse aprehender?

Nadie lo sabe, pero mucha gente asegura que sí.

En otra ocasión, Cabrera, acompañado del Mayor de la Gendarmería Fregoso, que más tarde iba á desempeñar un papel importante en la tragedia de Puebla, y de otros policías, cateó cuidadosamente la casa de Serdán sin hallar nada, y furioso por el chasco, cuando llegó cerca de la esposa de Aquiles le dió brutal empujón, profiriendo una frase dura.

Y se cuenta que en ese mismo cateo, Fregoso, al salir, después del incidente que acabo de relatar, vió á un hijito de Serdán y lo levantó en brazos, haciéndole muchas caricias. Dícese que Serdán, oculto, había presenciado las dos escenas, y que guardó profundo rencor para Cabrera, agradecimiento eterno para Fregoso.

Mas adelante se verá el resultado de estos dos sentimientos, cuando trate de la muerte de Cabrera.

Yo no puedo asegurar, ni nadie lo haría, que el Mayor Fregoso haya acariciado al hijo de Serdán con una idea preconcebida, como se ha dicho después; pero más le valiera al referido jefe esto que no la versión circulada en voz baja y esbozada en diversos periódicos, de que su salvación fué debida á complicidad con los autores de la asonada.

La conducta del Mayor Fregoso, hasta ahora, está en tela de juicio: y es extraño que no haya tratado de vindicarse, como es extraño que haciéndose sospechoso hasta á los altos empleados del gobierno, no se haya procedido contra él; no se abra un proceso que lo exhiba: ó limpio de toda culpa ó responsable de un delito ó de una cobardía.

A pesar de los cateos tan frecuentes; no obstante que las miradas de la policía estaban fijas en su casa de Santa Clara, Serdán hizo de ella el centro de operaciones, el arsenal del cuerpo revolucionario, el depósito de dinamita que lo mismo podía servir para adueñarse de Puebla por el pánico, demoliendo edificios y segando vidas, que volando, en pedazos, á su madre, su hermana, á su esposa y á sus hijos.

Estos últimos, víctimas inocentes de las ideas del jefe de la familia, debían de escapar con vida para llorar su desgracia.

Por qué fui testigo.

Es un repórter quien escribe este libro y, según dijo la prensa, fué testigo presencial de los acontecimientos que relata. Debe pues, el lector, saber porqué el repórter se hallaba en Puebla cuando estalló la revuelta, pues no es creíble que adivinara, con anticipación, lo que iba á ocurrir.

Testigo fué del drama y, modestia aparte, desempeñó un papel importante. Es él quien habla al lector en todas las páginas de este pequeño libro.

Hallábame en el Balneario «El Riego» de Tehuacán, un mes hacía, buscando alivio á una anemia cerebral que estuvo á punto de costarme la vida, pero de la que sané en aquel hermoso sitio, cuando llegó á curarse, de una enfermedad parecida, el señor Vice-presidente de la República D. Ramón Corral, tan discutido, sin conocerlo; tan malquisto en aquel entonces, sin saber quien era, porque estoy seguro, pocas, muy pocas personas saben cuales son los méritos y cuales los defectos del referido hombre público.

Estando allí el señor Corral, no debe extrañarse que se supiera mucho de lo notable que ocurría en la República, toda vez que, aparte de la correspondencia y los mensajes, llegaban á visitarlo, con frecuencia, personajes de la administración; hombres de reconocido valer y cuyas aseveraciones estaban por encima de toda duda.

Por eso, cuando el Gobernador de Puebla General D. Mucio Martínez llegó á «El Riego» sin previo aviso, como cualquier hijo de vecino, en tren ordinario, me enteré de que algo grave ocurría, máxime cuando ya en México había sido descubierto el plan revolucionario que encabezaba Cosío Roveló, hoy preso en la Penitenciaría del Distrito Federal.

Era el 17 de Noviembre, víspera del sangriento drama.

El señor Frank Mont, uno de los propietarios de «El Riego» condujo al General Martínez hasta el chalet en que se hospedaba el Vice-presidente y los dejó conferenciando, participándome la nueva, pues sabía cuanto me interesaba la cuestión política.

A eso de las doce del día salió el General Martínez y se detuvo á saludarme en la calzada que conduce al hotel, donde le presenté á mi colega el periodista y Lic. Don Gregorio Ponce de León, que había ido á visitarme en esos días.

Todos tres hablamos de asuntos indiferentes, pero más tarde, cuando quedamos solos, el Señor Gobernador me dispensó la confianza de hablarme sobre algo de lo que preparaba para el día veinte, asegurándome que no tenía temores de que ocurriera un disturbio en Puebla, pero que, sin embargo, regresaba violentamente para tomar precauciones, ya que hasta el centro habían llegado las noticias de que iba á estallar la revolución en Puebla.

Yo decidí acompañarlo. Mi curiosidad, desde ese momento, fué grande. Ver una revolución, estar entre balas, morir quizás.... Me seducía. Hablamos con calor:

—No hay cabezas—me decía—no tienen quien los dirija y por lo tanto, ningún temor debemos abrigar.

—Pero, ¿y los obreros? ¿no cree usted que los obreros sean un elemento formidable, en caso dado?

—Podrían ser, pero no se mezclan en estos escándalos.

—¿No cree usted que laboren en la mayor reserva?

—No, no lo creo.

—¿Y en los Distritos? ¿No habrá gente armada y dispuesta á levantarse?

—En ninguna parte. Acabo de recorrer personalmente una gran extensión de la sierra y todo está en calma. No se levanta una sola voz en contra de las autoridades.

—Pues entonces ¿porqué vá usted á tomar precauciones?

—Porque se ha dado aviso de que vá á registrarse una revuelta y siempre es bueno prevenirse.

—¿Y tiene usted elementos para ello, general?

—Pocos, pero los tengo. El Batallón Zaragoza, algunos rurales, un regimiento. Y tengo, además, á los zacapoaxtlas, agregó con orgullo. Estos cuidarán la Penitenciaría para que el Zaragoza no esté mermado.

—Luego tiene usted confianza en la tropa del Batallón Zaragoza?

—¿Porqué no?

—Como son reclutados entre gente mala, son forzados.....

—Amigo, agregó sonriente: antes, cuando había verdaderas revoluciones «echábamos leva de pelados» les poníamos el chaco y por la tarde, ya de soldados, salían ellos á «echar leva» y tenían orgullo mientras más contingente lograban.

—¿Quien es el mas caracterizado de los maderistas en Puebla? pregunté.

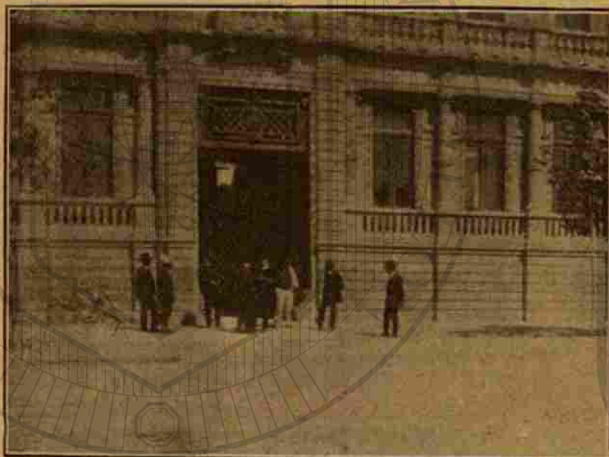
—Ninguno; el más peligroso es Aquiles Serdán, que parece ha regresado.

—¿Es muy valiente?

—Es un desequilibrado—me respondió.

Sobre el mismo tema seguimos conversando en su gabinete de Pullman, hasta llegar á Puebla, no sin que antes me dijera en tono sentencioso:

—Y voy á dar orden de que se proceda con energía. Estos asuntos



El autor hablando con el Gobernador
el día de los sucesos.

hay que reprimirlos con mano de hierro porque dejarlos impunes sería la ruina completa de la República.

En la Estación esperaban al General su hijo D. Carlos Martínez Peregrina, el jefe Político D. Joaquín Pita y el Coronel Cabrera.

Los dos últimos, después de saludarlo, me abrazaron efusivamente, pues me habían visto marchar á «El Riego» en condiciones pésimas de salud y no creyeron volver á verme. Además, me vieron llegar con el Ejecutivo departiendo con toda confianza, y esto es de tomarse en cuenta.

El Gobernador, su hijo y el señor Pita, subieron á un carruaje de aquel y yo al del Coronel Cabrera con este y con el Ayudante del Político Jacobo Galina.

—¿Conque tiene usted revuelta, Coronel? empecé á preguntar.

Así se dice, veremos.

—Y ¿está usted dispuesto á morir?—interrogué en son de broma.

—Siempre estoy listo. Cumpliré con mi deber—dijo más serio.

—Los periódicos lo maltratan por algunos cateos que ha practicado Ud. á últimas fechas. Dicen que es usted arbitrario.

—¡Inexactitudes! «El Pais» me calumnia. Es natural. allí está su negocio. si me alabáran. no gustaría á la gente mala. yo cumplo con mi deber—concluyó.

El carruaje se detuvo frente á la casa del General Martínez, cuando ya este caballero, su hijo y el jefe Político habían entrado, y el Coronel Cabrera penetró, ordenando al ayudante Galina «que me platicara mientras salía.»

Galina es mi amigo y para nada necesitaba la recomendación. Comenzó á platicarme largo y tendido, pero no sobre la revolución, que tanto me interesaba, sino sobre amores. El tema, sin embargo, era de los de mi gusto, y la charla fué animada por espacio de media hora.

Pita y Cabrera salieron y todos tres subimos al carruaje del segundo, quien ordenó al cochero:

—¡Al Palacio Penal!

Sin reservas hablaron delante de mí, enterándome entonces de que iban á recoger una orden del Juez para catear, esa misma noche ó la mañana siguiente, la casa de Aquiles Serdán.

Eran las ocho y media de la noche cuando llegamos al edificio donde se encuentran los juzgados. El jefe Político y Cabrera entraron para buscar al Juez, regresando minutos después sin haber logrado su objeto. El funcionario á quien necesitaban, había salido.

—Regresaré más tarde—dijo Cabrera al señor Pita.

—Si, la cosa no tiene remedio. Mientras, mande Ud. vigilar la casa.

—Así lo haré.

Despidióse el Jefe, y Cabrera y yo subimos nuevamente al carruaje, encaminándose á la Comisaría, donde Cabrera tenía su despacho.

Por el camino, me dijo que tenía escritas las memorias de su vida y como manifestara yo deseos de publicarlas, repuso:

—Se las daré á Ud., pero tiene que ponerlas en limpio—Son curiosas. ... Veintitantos años de policía. ...

—¿Cuándo voy por ellas, Coronel?

—Cuando usted guste. Mañana mismo, si usted quiere.

“Mañana mismo”.... ¡doce horas después Cabrera estaba muerto!

¿Qué fué de sus memorias? ¿Las conserva la viuda? ¿Quién sabe! Lo cierto es que serían interesantes....

Llegamos al cuartel y Cabrera, ya en su pieza, en confianza, me comunicó su plan para el día siguiente:

“Iré al amanecer, ya con la orden; catearé la casa de Serdán, donde no creo encontrar nada, y á eso de las ocho de la mañana, le mandaré á Ud, mi coche para que se paseé. Son buenos caballos y en cuanto al cochero... ha matado á más de dos por defenderme.... Es un buen muchacho”.

Me ofreció una copa de cognac, diciendo que le simpatizaba yo por haberlo tratado bien en la prensa y por ser «parejo.»

—Ustedes, los periodistas, son buenos como amigos, pero de enemigos....

—Lo mismo que ustedes los de la policía, Coronel—agregué. Recuerdo que Villavicencio, siendo Comisario en México, me amenazó por un párrafo que le puse, y yo, muy tranquilo, le dije:—“No temo nada: ni soy ladrón, ni borracho, ni escandaloso. Le costará á Ud. trabajo fastidiarme”. Y Villavicencio se hizo mi amigo. Los periodistas tenemos ciertas prerrogativas, coronel.

A eso de las once de la noche me despedí, encaminándome á un restaurant para tomar algún alimento, y poco después me recogía, tranquilamente, en un sencillo pero elegante cuarto del Hotel Pasaje.

Soné que estaba en “El Riego”.

Entre sombras

Un señor Arrioja ó Rojas, empresario de espectáculos, de casas para juegos y de otros negocios en que se versan fuertes sumas, ocupaba una de las viviendas altas de la casa habitada por Aquiles Serdán en la calle de Santa Clara, y la otra estaba alquilada á un español, apellidado Pérez, comerciante en abarrotes, quien tenía además, otra obscura vivienda de la parte baja, frente á la de Serdán, cuyas piezas, lóbregas y húmedas, atestaba de mercancías.

Arrioja ó Rojas era y es, según tengo entendido, amigo del gobierno de Puebla, y debe haber sido él quien participó á la policía ciertos detalles que la pusieron sobre aviso de que algo siniestro se preparaba.

Era natural.

El aludido, por sí ó por su familia ó servidumbre, debe haberse enterado de que á la casa de Serdán llegaban bultos conteniendo armas y cartuchos; paquetes que se recibían con muchas precauciones y con el más absoluto sigilo: dinamita ó proclamas revolucionarias. Calló por mucho tiempo, también debe ser cierto, pero, temeroso de que se le complicara en la combinación y temeroso también de que su familia sufriera algún perjuicio, se decidió á hablar—esto se me dijo—y habló, aunque no tan á tiempo como se hubiera deseado.

Alguien de su familia, creyó ver discurrir por los corredores á Serdán «ó á su espíritu,» cuando todos lo creían en San Antonio Texas. Alguien supo que la esposa de Serdán se ocupaba en conseguir veinte pesos para comprarlos de camotes y remitirlos al esposo, leader de Madero, á efecto de que aquel, realizándolos en los Estados Unidos, se hiciera de fondos para regresar.

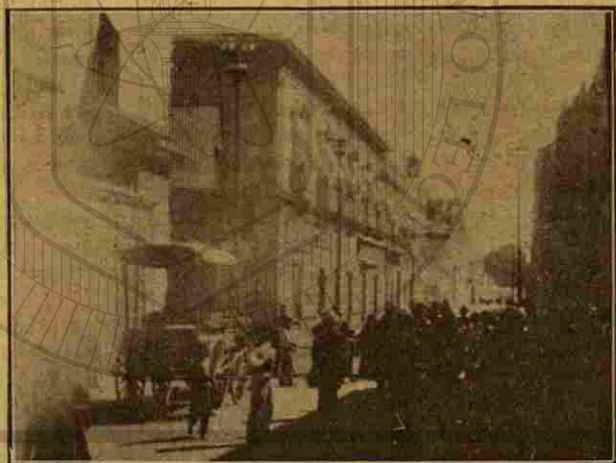
El que esto escribe tuvo en sus manos una carta en la cual Serdán, desde Texas, pedía á su esposa los camotes, diciéndole que estaba sin dinero y que el Jefe revolucionario no le daba con que salir de apuros. Y esa carta, que pudiera mostrarse en caso dado, quedó en poder del repórter Harold Brandon del «Mexican Herald,» á quien puede interrogarse sobre el particular.

Arrioja sabía más, seguramente, pero no quiso comprometerse y sólo dió el hilo para que la policía lo siguiera; y lo hizo no por espíritu de venganza, sino por librarse de la complicación á que necesariamente estaba expuesto si guardaba silencio más tiempo.

Si la voz de alarma la dá unos cuantos días antes, la revolución aborta quizá sin derramarse una sola gota de sangre.

Desgraciadamente, calló.

Pérez, español á quien había interesado la cuestión política; que se había enterado de la visita de Madero á Puebla; que sabía cuáles eran las ideas de su vecino Serdán, puesto que éste no hacía un secreto de sus doctrinas y muy al contrario, á orgullo tenía propalarlas, no pudo menos que



La multitud contemplando la casa Serdán.

enterarse, á tiempo, de algo de lo que preparaba el jefe del maderismo en Puebla; pero no pudo imaginar, porque para eso se requiere cierta inteligencia maliciosa, que allí, bajo sus plantas, sobre la madera en que descansaban su esposa y sus hijos, expuestos á morir, había grandes cantidades de pólvora y dinamita, millares de cartuchos, centenares de armas ¡la revolución!

¡Ah, si lo hubiera sabido!

¡Pérez no olvidará, mientras le quede un resto de vida, las horas crueles que pasó más tarde!

El dice que notó ciertos movimientos sospechosos en la casa de Serdán la víspera de la refriega; asegura que pudo ver cómo entraban, sigilosamente, individuos de fea catadura á quienes antes no había visto. Agrega que notó ruidos extraños, como de cajas que se abren, metales que se golpean, pistolas que se amartillan....

Confiesa que sospechó que Serdán había regresado de su viaje y que algo siniestro se preparaba, pero no dió aviso á la policía ni á nadie. Ocultó sus temores y sólo tomó la providencia de salir de la casa con su esposa, sus criados y sus hijos, yendo á pasar la noche en la de una familia amiga, tal vez en un hotel, en donde pudiera conciliar el sueño tranquilo de otros días.

Y Rojas, sin ponerse de acuerdo, hizo lo mismo, saliendo con su familia para dormir en otra parte, porque ya imaginaba, quizás sabía que algo grave, muy grave y muy triste, iba á ocurrir en aquella casa.

El despertar

A eso de las siete de la mañana del diez y ocho de noviembre, es decir, al día siguiente de mi llegada a Puebla, salí del hotel, con objeto de hacer algunas compras, pero como á esas horas las casas comerciales aún no abrian sus puertas, pensando que hacer del tiempo, me encaminé á un restaurant, donde, con bastante trabajo, logré tomar un frugal desayuno. Y digo con trabajo, porque la verdad, á esa hora, no tenía el menor apetito.

Pocos minutos antes de las ocho, salí del restaurant, encaminándome á una camisería de Mercaderes, que abrian en ese momento, á la cual penetré para comprar algunas corbatas. Pensaba regresar al hotel cuando al salir á la puerta de la camisería ví venir un grupo de gente, con los rostros lívidos, en precipitada carrera, dando voces, procurando encontrar un sitio en donde esconderse.

—¡Hay guerra! ¡hay revolución! gritaban al pasar frente á mí.

Los dueños y dependientes de las casas comerciales que habían abierto ya, se apresuraban á cerrar nuevamente. En los balcones y ventanas aparecían rostros asustados, se escuchaban ruidos de puertas que se golpeaban al cerrarse, de vidrios que se rompen. Tres disparos consecutivos me indicaron el sitio donde comenzaba la refriega y corrí hacia la calle de Santa Clara, por la de Mercaderes, desierta ya. A lo lejos, en la esquina, distinguí dos gendarmes pistola en mano, y tras de mí un oficial de la policía y dos ambulantes llevando dos camillas.

Mientras corría escuché nuevas detonaciones de arma de fuego; y sin reparar en el peligro, con la sola idea de presenciar el comienzo de una refriega que no sabía cómo iba á acabar; pensando en que, por pertenecer á EL DIARIO estaba obligado á proporcionarle una fiel información de lo que ocurriera, avancé resuelto hasta llegar cerca del templo de Santa Clara. A pocos pasos de mí, al frente, estaban los dos gendarmes en actitud de hacer fuego.

Me detuve. Comprendí que á la vuelta, hacia la puerta del templo,

estaba el peligro; que no debía avanzar ni doblar dicha esquina mientras no supiera de qué se trataba. Pasaron algunos segundos, cuando de pronto escuché esta frase que me llenó de espanto: ¡Una bomba!—Al mismo tiempo ví humear en el crucero de las calles de Santa Terera y Santa Clara un pequeño globo de metal. Me agazapé contra el muro de la iglesia y quedé sordo al producirse la explosión que levantó una humareda blanca, algo muy parecido á un geiser.



¡Hay guerra! ¡Hay revolución!—Gritaban.

Todo pasó rápidamente, tan rápidamente que no pude ni siquiera retroceder al escuchar la voz de alarma.

Me repuse pronto y busqué el efecto de la bomba. Yo sabía que estas máquinas infernales derriban muros, hunden edificios, siegan muchas vidas; y creí que todo iba á caer; pero sólo un gendarme estaba á pocos pasos de mí, con el cráneo horriblemente destrozado, de cara al muro de la iglesia. Y me pareció que se movía ó se movió efectivamente aquel cuerpo mutilado, aquel despojo humano, rojo de sangre, para no levantarse más!

Eché á correr, dando vuelta á la manzana hasta llegar á la esquina de la calle del Espejo, precisamente junto á la casa del señor Pita, en donde, resguardándose con el muro, estaban varios gendarmes y el referido

señor, armado de un rifle Winchester. A su lado estaba el ayudante Jacobo Galina, que más tarde debía batirse como un bravo.

Me asomé para ver lo que ocurría en la calle de Santa Clara y vi, á la puerta de la casa de Aquiles Serdán, dos cadáveres. Eran el de Cabrera y el de un policía secreto, según se vió más tarde.

El tiroteo continuaba, partiendo los disparos de los balcones y de las azoteas de la casa de Serdán, dirigiéndose hacia la esquina del Espejo, donde algunos gendarmes y un grupo de rurales se disponían á emprender el primer ataque.

Una bala rebotó cerca de mí, arrancando un trozo de pared, y hube de apartarme, acercándome al Jefe Político, quien me informó que los maderistas eran quienes se habían hecho fuertes en la casa de Serdán.

Me despedí de allí para encaminarme á la oficina de Telégrafos, que está en una calle próxima, á la que llegué tropezándome con muchas personas de todas clases sociales, que huían en diversas direcciones.

Dentro de la oficina todo era confusión. Hay empleadas allí cinco ó seis señoritas y casi todas lloraban, agrupadas frente á las ventanillas del despacho. Los empleados, todos jóvenes, estaban pálidos, procurando tranquilizarlas.

Escribí tres mensajes pagados y con carácter de urgentes, costándome trabajo que los recibieran, pues sólo una de las señoritas, la más joven, conservaba alguna calma. Uno de dichos mensajes era para EL DIARIO y se recibió aquí por la tarde.

Las señoritas se disculparon diciendo que lloraban porque tenían lástima de sus compañeros, los empleados que trabajaban en una caseta, en el cerro, por estar rotos algunos cables, cosa que sucede con mucha frecuencia en Puebla, con grave perjuicio del público que hace uso del Telégrafo y le resulta más rápido el correo.

De la oficina principal á la caseta debía llevar los telegramas un mensajero, en bicicleta, pero ninguno se atrevía á salir, temiendo ser asesinado en el camino. Le aconsejé al número 8, si mal no recuerdo, que se quitara el chaquetín y la cachucha, para no ser conocido, y así lo hizo, saliendo, pálido como un cadáver, á cumplir con su deber.

Salí, á la carrera, de la oficina del Telégrafo para regresar á la esquina de la calle del Espejo, deteniéndome frente á la casa del señor Pita, en donde había ocurrido, minutos antes, una escena que no quiero dejar pasar:

La víspera de los acontecimientos, en la conversación que tuviera con el Jefe Político, me dijo éste que su familia se hallaba en México, excepción hecha de su hija mayor, señora casada y madre de un hermoso niño á quien acaricié, antes, en muchas ocasiones.

Pues bien: cuando, después del estallido de la bomba me di cuenta de que algo muy grave sucedía y más graves sucesos iban á desarrollarse, recordé la conversación tenida con Pita y pensé que su hija y el hijito de ella estaban solos en la casa del Espejo, sin auxilio, puesto que el señor Pita tenía que atender al ataque de los revoltosos, y quise salvarlos á toda costa.

Mi auxilio, por fortuna, llegaba tarde. Un carruaje de sitio estaba en



Quedé sordo al producirse la explosión.

la puerta y pocos instantes después pareció la señora, con el rostro descompuesto por el espanto, llevando en brazos al niño, que sonreía con la sonrisa de los ángeles. Detrás, envuelto en un abrigo, cubierta la cabeza con una cachucha, á medio vestir, salió Carlos, uno de los hijos del Jefe Político que había arribado de México á la una de la mañana, ignorando cuanto se preparaba.

Me reconoció al subir al coche y me gritó, temblando de emoción y— en tono suplicante:

—¡Por favor, cuida á papá!

¡Cuida á papá! ...Sí, tenía que cuidarlo; debía de cuidarlo. El hijo marchaba en compañía de su hermana escapando de la muerte, y se resignaba á esperar, de un momento á otro, la noticia de que su padre había recibido uno, ó dos ó veinte tiros.

Cabe decir aquí, para que no se hagan suposiciones erróneas, que yo era y soy amigo de Don Joaquín Pita y de su familia; que no ignoro cuantas enemistades se ha conquistado en el puesto que desempeña hace más de veinte años, pero que, lleno de defectos, malquisto de muchos, yo soy su amigo. Júzguese como mejor parezca esta sinceridad mía, pero téngase en cuenta que todo lo que asiento en este libro es imparcial, verídico, comprobado.

Si Pita se hubiera portado como un cobarde, lo asentaría con igual franqueza que asiento su buen comportamiento. No fué un héroe, pero expuso su vida en el cumplimiento del deber.

“¡Cuida á papá!...”

En mitad de la calle, en el crucero, entre el templo de San Cristóbal y su casa, expuesto al fuego de fusilería de los amotinados, presentándose como único blanco, estaba Don Joaquín Pita, teniendo detrás al ayudante Jacobo Galina, que ya empuñaba un rifle Winchester.

Yo soy su amigo, repito, y su hijo me lo acababa de rogar, y su hija con una mirada, me lo pidió también. Pude morir con él, pero no lo pensé, no tuve miedo.

Llégué hasta donde se hallaba, y tomándolo por un brazo traté de retirarlo, de acercarlo al muro, de protegerlo y de protegerme contra las balas de los maderistas que seguían haciendo fuego.

—¡Don Joaquín, se está usted suicidando!—le decía—retirémonos, es inútil morir así, sin defensa, sin objeto. ¿Por qué no pide usted tropa?

—¡Ya la he pedido, pero no viene!—me respondió. Y seguía allí, exponiéndose y exponiéndome; callado, sorprendido, atónito. Aquello, seguramente le causó una fuerte impresión, una sorpresa sin límites.

El ayudante Galina, muy pálido, no perdía de vista la casa de Serdán desde donde se nos enviaban tiros que iban á perderse á lo largo de la avenida ó se incrustaban en la pared cercana, arrancando pedazos de cascote.

Mi ruego fué inútil, perdiéndose mis palabras al confundirse con el estallido de las balas. Yo me sorprendía de que un proyectil no nos derribara. Debían ser malos tiradores.

Mucha gente vió el grupo que formábamos los tres, en el centro de la calle, durante tres ó cuatro minutos, quizá diez, y no habrá faltado quien supusiera que estábamos en un lecho de flores.....

Y mientras tanto

He dicho antes que puse tres telegramas con carácter de urgentes, siendo uno de ellos para “El Imparcial,” otro para “El Diario” y el tercero para mi hermano Fortunato, previniéndole que, aunque el motín acababa de estallar, yo no corría peligro. Era esto una tranquilidad para mi padre y mis demás hermanos, á quienes podía llegar más tarde alguna noticia exagerada.

Naturalmente que tal mensaje de nada sirvió, cuando menos en ese sentido, pues la alarma que experimentó mi familia fué en aumento, y solo se convencieron de que estaba sano y salvo cuando al día siguiente, por la noche, me abrazaron á mi arribo á México.

Mi citado hermano Fortunato recibió el mensaje á eso de las diez y media de la mañana, siendo el primero en México que supo la noticia del motín, pues nadie, absolutamente nadie se enteró sino hasta más tarde. Su sorpresa fué grande y corrió en busca de nuestro padre, que se hallaba en Palacio, para mostrárselo, cumpliendo con mi encargo.

Al salir de allí, en la puerta central, encontré con el señor D. Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito, á quién, después de saludar dije:

—Sabe usted lo que pasa en Puebla?

—Pues qué pasa?

—Que los maderistas y las tropas pelean en las calles.

—No es exacto—dijo el señor Landa convencidísimo.

—Lea usted este telegrama de mi hermano.

El Gobernador leyó, pero sin convencerse:

—No es posible—dijo—acabo de estar con el Presidente y nada me dijo.

—Pues mi hermano está muy bien enterado de lo que pasa; es incapaz de cometer una ligereza.

—Hasta luego, Herréras,—concluyó—regreso á dar aviso al señor Presidente; y no deje de comunicarme lo que sepa.

Mi hermano comunicó la noticia á los principales periódicos, y fué «El Diario» el primero en lanzar un boletín, copiando mi mensaje, ya al atardecer y con la noticia de que el movimiento estaba sofocado. Poco después «El Imparcial» y «Gil Blas» hacían lo mismo, y la noticia se esparcía con rapidéz por todos los ámbitos de la ciudad, saliendo, por la vía telegráfica, á toda la república y al extranjero.

No se hablaba de otra cosa en dondequiera que había más de una per-



sona; se comentaban y se aumentaban los sucesos; se decía que Puebla estaba ya en poder de los revolucionarios; que el Gobernador Martínez, el Jefe Político, Cabrera y no sé cuantos más, habían muerto, etc. etc.

En Puebla, y ya en la noche, recibí más de treinta mensajes de perso-

nas que sabían estaba allí, interrogándome sobre los acontecimientos, y á todos contesté que en «El Diario» relataría todo, porque era imposible dar á cada uno los detalles del drama. Además, el choque nervioso que recibí había sido fuerte; terribles las impresiones experimentadas; dolorosas é inolvidables las escenas vistas, fuerte el trabajo de edacción que hube de hacer para el periódico; y todo esto me tenía rendido.

Con fecha 19 de Noviembre, «El Diario» publicó extensa información de los sucesos, encabezando, con letras rojas, el relato que por telégrafo le hiciera yo la víspera.

Los encabezados decían textualmente:

«Puebla ha sido teatro de sangrientas escenas originadas por un grupo de partidarios de Don Francisco I. Madero.—Se hace ascender á sesenta el número de muertos y heridos durante la contienda.—«El Diario» estuvo en el mismo lugar de los acontecimientos.—A la vista de nuestro Corresponsal se han desarrollado escenas llenas de grandeza y de heroísmo por parte de las fuerzas del gobierno, y nuestro Redactor D. Ignacio Herreras estuvo en peligro de muerte.—El Coronel D. Gaudencio de la Llave herido de gravedad.—El Gobernador del Estado y sus hijos se armaron en el Cuartel de Zaragoza y se aprestaron á la lucha para el caso de que el motín tomara grandes proporciones.—El comercio paralizado y el pánico en todas partes.—Los insurrectos se hicieron fuertes en la casa de Aquiles Serdán, luchando rudamente.—Fué muerto el Coronel Miguel Cabrera Jefe de la Policía.—Al pretender entrar á la casa de los revoltosos, fué capturado por éstos y acerbillado á balazos en el interior, siendo arrojado su cadáver á puntapiés.—Dos mujeres se baten con bríos desde los balcones del edificio.—El fuego de fusilería fué contestado con bombas de dinamita.—A los gritos de ¡viva el Supremo Gobierno! el Coronel Llave y el jefe político Pita, dirigieron el ataque contra los amotinados hasta lograr la rendición con el aniquilamiento de los culpables.—Fueron recogidos rifles y varias máquinas infernales.—Se han hecho numerosas detenciones y las tropas vigilan los caminos en prevención de nuevos desórdenes que pudieran ocurrir.—Se dice que centenares de obreros avanzan sobre Puebla.»

Seguía después, en dos ó tres planas, el relato de lo sucedido, todo lo cual leyeron con avidéz los habitantes de la República.—«El Imparcial», «El País», «Gil Blas» y otros periódicos hicieron lo mismo, informados por sus corresponsales en Puebla, habiendo algunos detalles exagerados que más tarde se rectificarán.

Pero, retrocedamos.

Quién era Serdán

Aquiles Serdán fué el protagonista de los sucesos sangrientos desarrollados en Puebla, y puesto que su nombre ha resonado tanto, justo es que los lectores sepan de quién se trata: conozcan sus antecedentes; tengan una idea de lo que era capaz de hacer este hombre á quien todo el mundo sensato, en el Estado, tenía por un loco.

Don Roque Serdán, abuelo paterno de Aquiles, fué un abogado notable, distinguiéndose en el foro poblano por su talento clarísimo y su ilustración más que regular. Poseedor de una considerable fortuna, se dió buena vida, procurándose a su familia apesar de que tenía, de cuando en cuando, extravagancias que mortificaban á los suyos.

Pocos años antes de morir, asombró á la República con un luminoso estudio que publicó, sobre la libertad de testar, siendo este el primer libro que trató tan importante materia.

En la obra, demostraba que sus parientes querían envenenarlo para adueñarse de su fortuna, y consideraba injusto dejarles el dinero, cuando tan malas intenciones tenían. Naturalmente ya padecía entonces delirio de persecución y, según se me dice, murió enteramente desequilibrado, dejando el dinero á un hijo suyo, vicioso y degenerado, de quien se recuerda en Puebla esta anécdota:

Cuando se vió poseedor de una considerable fortuna, no supo en que gastarla y siendo aficionado á tocar el piano se compró uno de los mejores; hizo provisión de una ó varias barricas de catalán, colocando á una un tubo de goma, de larga extensión, por el que absorbía el líquido hasta embriagarse.

Un día se sentó á tocar el piano teniendo en la boca el tubo y tomó... tomó hasta morir por congestión alcohólica, quedando sobre el piano.

Así lo encontró la servidumbre y así lo cuentan los viejos caracterizados de Puebla.

Por parte de la madre, señora Carmen Alatríste, en la familia ha ha-

bido ejemplos de valor y temeridad. Don Miguel Cástulo Alatríste, abogado y general que fué Gobernador del Estado en 1857, cuando se promulgó nuestra Constitución, dió pruebas de su arrojo y valentía en muchas ocasiones y por esos rasgos se le admiraba y se le recuerda con entusiasmo.

Un tío de Serdán, llamado Gendiel, murió loco en el manicomio, y otro, Saltiel, se suicidó.

Con tales antecesores, Serdán pudo ser un valiente, pero pudo también ser un desequilibrado. Fué un fanático por la democracia y Madero supo explotarlo bien. Serdán, estoy seguro, no profesaba cariño á Madero por que este no tuvo para él acciones que despertaran tal sentimiento. En Puebla hubo de rogar Serdán á Madero que diera un meeting y aceptó el segundo más por compromiso, en vista de las quejas de su correligionario, que por simpatía á los poblanos.

Así lo infiero por el contenido de la carta que en seguida copio y que hallé en la casa de Serdán el día del drama.

Dice así el documento:

«Zacatecas, 23 de Marzo de 1910.—Sr. Aquiles Serdán.—Puebla, Pue.—Mi estimado correligionario y amigo: Recibí su grata fecha 15 del actual.—Nadie podrá creer que si no voy á esa ciudad á dar un meeting es por falta de simpatías hacia Uds., pues bien saben que cuando pasé para Michoacán le dije que á mi regreso estaba dispuesto á celebrarlo, pero por razones que Ud. sabrá no se llevó á cabo. De todos modos, á mi ida tuve el gusto de dirigirme á un numeroso grupo en el cual estaban representados todos los Clubs Antireeleccionistas de ese Estado y hasta algunos de Tlaxcala.

En cuanto á que celebremos un meeting antes de la convención en esa Ciudad, me parece inconveniente, primero, por falta de tiempo y en segundo por que no es indispensable, puesto que ya existen numerosos Clubs Antireeleccionistas y es irrisorio á exponer inútilmente á tener dificultades con el Gobierno de ese Estado.

Aquí en Zacatecas acabo de tropezar con la dificultad de que el Gobierno me prohibió terminantemente celebrar el meeting y como creo de grandísima importancia llegar sanos y salvos á la Convención voy á consecuentar y ya verá de que medios me valgo en ésta para formar un Club Antireeleccionista, el cual tengo esperanzas de arreglar esta noche.

Cuando estemos en la Convención hablaremos sobre la conveniencia de hacer una gira después de dicha Convención, pues entonces será probablemente de mucho mayor efecto y mayor trascendencia.

Sin otro particular, quedo su amigo que lo aprecia y su atto. S. S.,

FRANCISCO I. MADERO.

Aquiles, Máximo y Cármen Serdán fueron los tres principales actores del drama en Puebla. Los dos primeros, murieron atravesados por las balas de los federales. Cármen está presa desde entonces, como responsable del delito de sedición.

Se recuerda perfectamente que Aquiles instaló en el Mercado un puesto de diversos artículos; una verdadera miscelánea en donde lo mismo podía hallarse un libro que un cuello ó una llave para chapa vieja. Allí se fué popularizando y más tarde estableció una zapatería que fué convertida en centro de reunión por un grupo de sus amigos y admiradores.



Aquiles Serdán.

Ya entonces, Serdán tenía ciertas ideas contra el Gobierno y murmuraba sin cesar, teniendo, como era natural, muchos que le hacían eco y celebraban sus ataques.

Y cuando el maderismo estaba en su apogeo, Serdán fundó en Puebla un periodiquito titulado "No reelección" enteramente disparatado pero que leían con gusto los enemigos del orden ó los que sinceramente, por convicción, estaban afiliados al partido.

Nunca ocultó Serdán sus relaciones con los antireeleccionistas, y muy al contrario, según he dicho, hacía gala de ellas, desafiando al Gobierno y á la policía con insolencia, como si estuviera seguro de su valor.

En una ocasión, yendo Cármen á bordo del Ferrocarril Mexicano, en un carro pletórico de gente, fué interrogada por un amigo:

—¿Qué razón me dá Ud. de Aquiles.

Y ella respondió tranquilamente, como la cosa más natural:

—Anda con Madero; fué á recibir instrucciones.

Sin embargo, la policía no lo hostilizó ni fué mortificado sino cuando por orden de un Juez se cateó su casa, en dos ocasiones, ya con la seguridad de que algo muy grave y muy trascendental fraguaba.

¿Serdán fué un valiente? Muchos aseguran que sí, basados en el hecho de haberse batido con las tropas; muchos dicen que fué un cobarde y que solo por desesperación llegó á empuñar las armas, haciendo su primera víctima á Cabrera.

Más adelante, cuando yo relate el ataque y la defensa de la casa; cuando diga como se manejaron Aquiles, Máximo y Cármen Serdán; cuando el lector sepa todo lo que ví y lo que supe, siempre la verdad, dará su fallo.

A mi juicio, valiente ó cobarde, cuerdo ó desequilibrado, Serdán merece el calificativo que el Sr. Limantour dió á Madero: fué un «bien intencionado.»

La cabeza del Estado

Dos hombres vestidos de paisanos, pero que pertenecen á la policía secreta, llegan, jadeantes, á la puerta de la casa del General Martínez, á eso de las ocho de la mañana del diez y ocho de noviembre, y pudiendo hablar apenas, por la fatiga que les había producido una larga carrera, piden permiso al guardián de la casa para hablar con el Gobernador.

—¡Dígale usted que hay revolución—dice uno.

—¡Que están haciendo fuego sobre la policía!—agrega otro.

—¡Que le traemos noticias!!!

—Voy corriendo—responde el guardián, y desaparece escaleras arriba, para presentarse poco después diciendo:

—Que pasen ustedes.

Los dos policías casi no esperan la razón, sino que se apresuran á subir, dando cuenta al General Martínez de que la casa de Serdán era teatro de sangrientos sucesos:

—El Jefe Cabrera fué asesinado, señor General.

—El mayor Fregoso también—agrega el otro policía.

Y siguen contando sus impresiones: ambos acompañaban á Cabrera y á Fregoso á catear la casa de Serdán cuando, al entrar aquellos al zaguán, se escuchó una descarga de fusilería y vieron como Cabrera caía, desapareciendo casi en el mismo momento el Mayor Fregoso. Ellos habían escapado de morir y venían á dar parte para que se enviaran los auxilios que fueran prudentes.

El timbre del teléfono sonaba y pocos minutos después la Comisaría participaba al alto funcionario que en la Casa de Serdán, en Santa Clara, habían recibido á balazos á la policía y que estaban arrojando bombas de dinamita. Ya el Jefe Político Pita, estaba en el lugar de los acontecimientos, pero los revoltosos, desde las azoteas, cazaban á los gendarmes.

El Gobernador salió á toda prisa, encaminándose al Cuartel de Zaragoza, ubicado muy cerca de su domicilio. Allí encontró al jefe del Batallón, Coronel D. Mauro Huerta, á quien ordenó que se alistara para salir

al frente de los únicos cincuenta hombres que en ese momento había disponibles. El batallón se compone de más de trescientas plazas, pero había un destacamento en Atlixco y otros grupos hacían guardias en diversos edificios públicos, la Penitenciaría inclusive.



General Don Mucio Martínez,
Gobernador del Estado de Puebla.

He de repetir que en Puebla no se esperaba un mitote sino hasta el día veinte, y que, por lo tanto, todos estaban desprevenidos; así, no se extrañe que la tropa se hallara con vestidos de trabajo, de drill, sucios y maltratados, y que fuera necesario al Coronel dar orden de que se pusieran el uniforme de paño: distribuyéndoseles al mismo tiempo sesenta cartuchos á cada uno.

Mientras tanto, el General Martínez comunicó sus instrucciones al Coronel Huerta, recomendándole que atacara la casa por la calle de Mesones ó alguna de las adyacentes, para no exponer á los soldados inútilmente. Otras órdenes acertadas le dió, que no pudieron cumplirse porque los acontecimientos tomaron curso diverso del que se esperaba.

En ese momento, el Gobernador no pensó en la fuerza federal que había en Puebla, y tal vez consideró innecesario molestar al Jefe de la Zona; lo cierto es que éste, más tarde, obró por cuenta propia, y que si se portó con valentía, también lo hizo con torpeza, según se verá en capítulos subsiguientes.

Listo el grupo de soldados del Zaragoza, marchó al paso veloz, llevando á la cabeza al Coronel Huerta, quien iba á caballo, con traje de paisano, pero sombrero charro, llevando en la diestra una magnífica pistola que más tarde le fué muy útil.

Una vez enviada la tropa, el General Martínez ordenó que saliera para el lugar donde se desarrollaban los acontecimientos un grupo de rurales del Estado, al mando del Coronel Primo Huerta, pariente del jefe del Batallón Zaragoza, orden que fué cumplida con toda violencia, saliendo los rurales de su cuartel, pié á tierra y con dotación suficiente de cartuchos.

Bueno es advertir que, días antes, el Gobierno Central, enterado ya de lo que se preparaba, no sólo en Puebla, sino en diversos Estados de la República, envió armas y municiones, con el objeto de que las tropas tuvieran los elementos indispensables para una defensa.

Algunas piezas de artillería, ametralladoras, fusiles y parque en abundancia, fueron almacenadas en Puebla, precisamente en un sitio cercano al Batallón Zaragoza, y el cuidado del General Martínez fué proteger aquel sitio, comprendiendo que, si los revoltosos llegaban á tomarlo, la población quedaría á merced de los motineros.

La Penitenciaría, además, está contigua, y como en los planes de los sediciosos entraba el principal de poner en libertad á los presos, y en abrir cárceles, era necesario cuidar aquello, según me lo manifestara la víspera en el tren, cuando hacía referencia á los valientes zacapoaxtías.

Así, pues, el punto más peligroso y digno de guardarse era aquel, ya que, además de todas estas consideraciones, por aquel rumbo está la entrada á la población y era el camino que podían seguir los obreros de las principales fábricas, en el caso de que se decidieran á tomar parte en la revuelta.

El General Martínez mandó armar unos cuantos hombres y permaneció en la puerta del cuartel, retirándose de tiempo en tiempo para comunicar sus órdenes, bien por teléfono ó verbales, á los individuos que tenía cerca y que se encargaban de transmitirlos.

Aquel punto era la llave de la ciudad; lo sabían los cabecillas, debían de saberlo, pero, por fortuna, no les fué dable acercarse. Y de hacerlo, cara hubieran pagado su osadía: una lluvia de metralla los hubiera agotado antes de llegar.

El General Martínez, á mi juicio, se expuso más de lo debido.

Sin embargo, en voz baja se le ha criticado diciendo que tuvo miedo.

Cómo murió Cabrera

La muerte del Coronel Cabrera fué el principio del drama, el origen tal vez.

Creyóse al principio que Serdán exasperado al ver que se presentaba en su casa la policía y que iba á sorprenderlo; á encontrar armas y municiones, á perderlo, en una palabra, decidió jugar el todo por el todo, y disparó sobre Cabrera con ánimo de empezar el combate. La desesperación dictó su sentencia de muerte.

Se cree, también, y esto es más probable, es seguro, que Serdán, por no sé que causas, decidió anticipar la fecha del motín, y que previno á sus hombres, reuniéndolos por la noche en su casa para comenzar al día siguiente la obra destructora.

Se murmura que Fregoso dió aviso de que la policía sospechaba algo y que iba á practicarse el cateo, pero nadie se ha atrevido á lanzar una acusación pública en contra del referido jefe. Yo me hago eco de la opinión y pido se abra un proceso para que el Mayor Fregoso se sincere.

Al anuncio de que este libro iba á aparecer, han llegado á mi mesa de trabajo anónimos en que se denuncia al citado Fregoso como cómplice de los maderistas. No lo creo, pero pienso que el aludido será el primero en aplaudir mi idea, sometiéndose á las averiguaciones de la justicia.

Cabrera desobedeció las órdenes del General Martínez, porque éste recomendó que practicara el cateo en cierta forma, advirtiéndole que había gente armada dentro de la casa, y el Coronel se presentó con unos cuantos hombres, desprevenido, confiado, recordando que otras veces había entrado á aquella casa como á país conquistado. Debió entrar á media noche ó de madrugada; entrar por las azoteas, sigilosamente, y no á la luz del día, por la puerta, frente á frente y sin armas.

Quiso hacerlo todo á su antojo, según su leal saber y entender, con la práctica de veintitantos años de policía, y halló la muerte.

¿Cómo?

A la mañana siguiente del día trágico, acompañado de diversos colegas míos, entre ellos José V. Soriano, de "El Imparcial," el fotógrafo Agustín Casasola, tan hábil para esta clase de trabajos, Harold Brandon, de "The Mexican Herald;" de los corresponsales de periódicos metropolitanos, como Miguel Márquez Huerta, Eduardo Gómez Haro, J. Encarnación Gascón y Rodrigo Gamio, todos los cuales habían trabajado la víspe-



El Mayor Fregoso.

ra sin descanso, nos encaminamos al cuartel de policía, con el objeto muy principal de cerciorarnos de la muerte de Aquiles, que se nos había comunicado casi al amanecer, pero que, á decir verdad, no creíamos. Además, abrigábamos la esperanza de recoger nuevos y preciosos datos para nuestras informaciones, entre ellos la lista completa de muertos y heridos que nos había sido imposible obtener á raíz de la contienda.

Más adelante, en su oportunidad, hablaré sobre el aspecto que presentaba el referido cuartel, sobre las escenas que allí se desarrollaron, los tremendos choques nerviosos que volví á experimentar, y, por ahora, sólo contaré la parte que se refiere á la muerte del Coronel Cabrera, puesto que de tal asunto ha de tratar este capítulo.

—Allí viene Fregoso—dijo alguien.
 —Pues vamos á entrevistarlo—agregó Soriano.
 —Yo no quiero; me repugna hablar con ese hombre, sin saber por qué—dijo un tercero.
 —Pues yo hablaré—interrumpí resuelto—y, avanzando, seguido de mis compañeros, á los que arrastraba la curiosidad reporteril, llegué hasta donde estaba Fregoso.

Vestía traje de charro y se abrigaba con una manta de lana, muy bonita por cierto. Aparentaba sufrir grandemente, pero á todos nos pareció que sus quejas y su aspecto eran aparentes, que no sentía ningún dolor físico, pero que así le convenía mostrarse.

Al acercarnos, se detuvo, sorprendido, y empezó á jadear.

—Señor Fregoso,—comencé—somos periodistas y venimos para rogarle nos diga cómo murió el Coronel Cabrera. ¿Quiere usted contárnoslo?

—¡Ay!... sí... voy á decíles... pasen á mi cuarto... ¡ay!

Soriano, al observarlo, me hizo un guiño, como diciendo: este hombre está representando una comedia.

Justo es decir que ya en esos momentos, teníamos pésima impresión de Fregoso, porque se decía en todas partes que había escapado con vida gracias á combinaciones y malas artes.

Una vez instalados en la pieza que servía y sirve al mayor Fregoso de despacho, en el Cuartel de Policía, tomé asiento, siempre quejándose y como si experimentara un dolor físico inaguantable, comenzó á hablar.

Soriano y los otros compañeros cambiaban miradas de inteligencia. No sé por qué era tanta la mala voluntad que demostraban al mayor, por más que, según he dicho antes, se sospechaba ya de su conducta en el ataque á la casa de Serdán.

Fregoso empezó así:

—El Coronel me llamó, la víspera, para comunicarme que se trataba de practicar un cateo en la casa de Aquiles, en donde se habían visto entrar hombres sospechosos sin que salieran, lo que hacía presumir que algo serio preparaba aquel.

—Yo no tenía más remedio que obedecer las órdenes del Coronel, pero como me dispensaba su confianza, le aconsejé que el cateo lo hicieramos en la madrugada, por sorpresa y con un buen número de policías, para no exponernos inultamente. El pareció contrariarse, y me dijo, visiblemente molesto:

—No sea usted *pretestoso*—textual—si lo que tiene usted es miedo, no vaya que yo iré solo porque “no necesito de vegigas para nadar.”

—Coronel, no es eso: reflexione Ud. que Serdán y sus amigos son gente decidida, que están armados seguramente.....

—No será la primera vez que nos entendemos con gente mala. Iremos á las siete de la mañana—concluyó.

“Muy de mañana me presenté al Coronel, quién tenía ya listos al empleado Vicente Murrieta, que murió á su lado, otros dos policías de la reservada, que lograron escapar y fueron los mismos que avisaron al señor Gobernador lo que ocurría, un oficial y cuatro gendarmes.”

“Todos emprendimos la marcha á pié, llegando á la puerta de la casa



Cómo murió Cabrera.

de Serdán, en la calle de Santa Clara, muy poco concurrida á la sazón. El Coronel dispuso que los gendarmes, así como el oficial, permanecieran en la puerta, vigilando cualquier movimiento, y que los restantes penetraran, pero no inmediatamente, sino momentos después de hacerlo nosotros, seguramente para no alarmar á los habitantes de la casa.”

“El yo y el comisionado Murrieta entramos, resueltamente, deteniéndonos en el cubo del zaguan para recibir las últimas instrucciones. El Coronel se adelantó y antes de dar vuelta á la izquierda, donde estaban las habitaciones de Serdán, se volvió á mí para decirme:”

—¿Cuál es la pieza de entrada?

"Yo me había apartado, quedando un poco atrás, observando que todas las puertas estaban cuidadosamente cerradas, aunque no las maderas, y me disponía á contestar á la pregunta del Coronel cuando sonó una descarga y el jefe, extendiendo los brazos, cayó cuan largo era para no levantarse más."

"Sorprendido, aterrado, eché á correr para el interior de la casa en vez de buscar la salida, pero apenas había avanzado unos diez pasos cuando sentí un terrible golpe en la cabeza y otro y otros muchos; y perdí el conocimiento, no sin escuchar, como entre sueños, esta frase de Aquiles Serdán.

—¡A ese no lo maten, que es amigo!

Después, nada.

Si, después algo: después ha negado Fregoso haber oído á Serdán, por más que las autoridades, el Gobernador inclusive, supieron que el cabecilla estaba allí, combatiendo, no porque nadie de los sitiadores lo viera en la pelea, que no se le vió, sino por lo que el mayor Fregoso contó cuando fué sacado de la casa.

Está comprobado que Serdán y los suyos, prevenidos de que la policía iba á catear la casa y dar con las armas, municiones y con ellos, decidieron adelantar el motín, fijado para el día veinte, y se reunieron diez ó doce de los más resueltos, ocupando la noche en preparar el plan para el día siguiente, teniendo la plena seguridad de que el pueblo, en cuanto escuchara el primer tiro ó la primera bomba, se les reuniría, armándose, para derrocar al actual orden de cosas por medio del terror.

Y Cabrera, contra el que desde hacía mucho tiempo se había pronunciado sentencia de muerte, fué el primero en presentar el pecho á los revoltosos que, ocultos tras las vidrieras, en la obscuridad de las habitaciones, asecharon el momento oportuno para derribarlo con el cuerpo perforado por tres balas que dispararon los de mejor puntería.

Fregoso, cosa rara, yendo al lado de Cabrera, no resultó ni siquiera herido y desapareció en el interior de la casa, en tanto que los policías de la reservada, el oficial y los gendarmes, huían, disparando al aire sus armas, para pedir auxilio.

¿Qué pasó entonces?

Pasó que los maderistas, con Serdán á la cabeza, salieron de su escondite, y en el paroxismo de la ira, recordando sin duda las crueldades que se atribuían con ó sin razón á Cabrera; pensando tal vez que hacían un acto de justicia suprema, la emprendieron con el cadáver á puntapiés, y arrastrándolo, lo sacaron á la calle, tirándolo en la acera como un fardo inútil. Poco después hacían lo mismo con el cuerpo de Murrieta, joven policía

recién entrado al Cuerpo, y que quedó boca arriba, con los brazos en cruz, una pierna en semiflexión, el cráneo destrozado y los ojos muy abiertos.

Cabrera estaba pegado al muro, con un brazo horriblemente torcido, el saco destrozado y vuelto hacia arriba, dejando ver el cinturón y la canana con algunos tiros; la cara roja de sangre fué cubriéndose, poco á poco, con los trozos de cal y la tierra que de los muros arrancaban las balas de los sitiadores.....

Ya en la calle los cadáveres, los maderistas cerraron la puerta del zaguán, y sin ser molestados por nadie, pues repito, la policía escapó, se prepararon á la defensa, no huyendo por que no lo creyeron prudente, pues tiempo de sobra hubo para ello.

A haberlo deseado, Serdán y los suyos se ponen en cobro, con la mayor frescura, pues el ataque de la casa no comenzó sino media hora después. es decir, muy cerca de las ocho de la mañana.

Se ha dicho que Cabrera fué «fusilado» desde los corredores altos de la casa, pero es inexacto, puesto que arriba solo se encontraba el español Pérez, con su familia, y están de acuerdo en manifestar que la descarga partió de la casa de Serdán, en la planta baja.

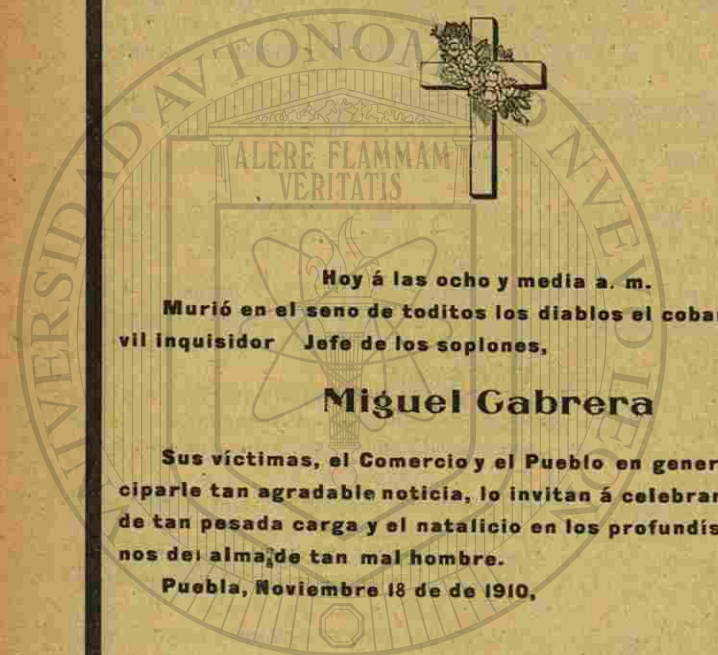
De cualquier modo, Cabrera no debe haber sufrido lo más mínimo con las heridas, porque dos de ellas fueron calificadas por los médicos que le hicieron la autopsia como de aquellas que necesaria é inmediatamente causan la muerte.

Así, debe haber caído sin experimentar el más ligero dolor, como herido por un rayo, sin escuchar siquiera el ruido de los disparos.

¿Que lo golpearon, que le dieron puntapiés? Maltratar un cadáver equivale á maltratar una piedra, un hierro, algo inanimado, algo que no siente ni sentirá.

Moralmente, fué este acto cruel castigo para el Coronel Cabrera y un ejemplo que no olvidarán muchos policías.

Era tal el odio de los poblanos á Cabrera, que á raíz de su muerte circularon profusamente unas hojas anónimas con el relato que en seguida copio, á título de curiosidad, las cuales tuvieron un éxito loco, especialmente entre la gente del pueblo.



Hoy á las ocho y media a. m.
Murió en el seno de toditos los diablos el cobarde asesino
vil inquisidor Jefe de los soplonos,

Miguel Cabrera

Sus víctimas, el Comercio y el Pueblo en general, al participarle tan agradable noticia, lo invitan á celebrar la pérdida de tan pesada carga y el natalicio en los profundísimos Infiernos del alma de tan mal hombre.

Puebla, Noviembre 18 de de 1910,

Las maldiciones las recibe el alma de este condenado en las calderas del infierno.

De Ultratumba

De la más candente hoguera
los diablos, con mucho afán,
felicitan á Serdán
porque les mató á Cabrera.

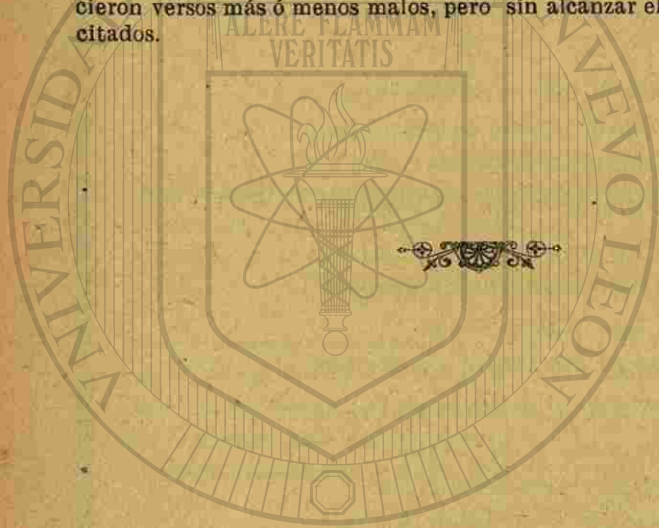
Fué su vida muy rastrera
y del pueblo no fué apoyo;
por eso bala certera
mató al linchador de Arroyo.

Llegó al infierno Cabrera
de bombín y de levita
y le dijo una hechicera:
¿"porqué no tragiste á Pita"?



La esquila y los versos fueron atribuidos á un señor Blumenkron, pero lo cierto es que á ciencia cierta no se ha podido averiguar quién es el autor. Este supo explotar muy bien el sentimiento del pueblo, y no obstante que ofendía á un muerto, que debe ser siempre respetado, la gente reía al leerlos y se pagaban buenos precios por las copias en máquina ó manuscritas. Yo conservo una, escrita con letra antigua, que bien pudiera ser uno de los originales.

Naturalmente, hubo después muchos poetastros imitadores, que hicieron versos más ó menos malos, pero sin alcanzar el éxito de los arriba citados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

Comienza el ataque

Quando regresé de la Oficina de Telégrafos á la esquina de la calle del Espejo, pude ver las calles absolutamente desiertas, excepción hecha de la mencionada, hacia el sitio donde habíamos estado discutiendo el Jefe Político Pita y yo, pues allí se hallaba reunido un grupo de hombres y muchachos, al rededor de veinte, los cuales trataban de curiosear lo que pasaba en la casa de Serdán, resguardándose con el muro de la esquina.

En una de las casas de dicha calle, tras de las vidrieras, y exponiéndose á recibir un tiro, pero impulsadas seguramente por la curiosidad, mal grave y crónico que padecen todas las mujeres. . . . y muchos hombres, alcancé á distinguir á unas guapas señoritas, amigas mías, y en otro balcón más cercano aún, otras, guapísimas, que me miraban con ojos asustados con grandes deseos de preguntarme ¿qué pasa?

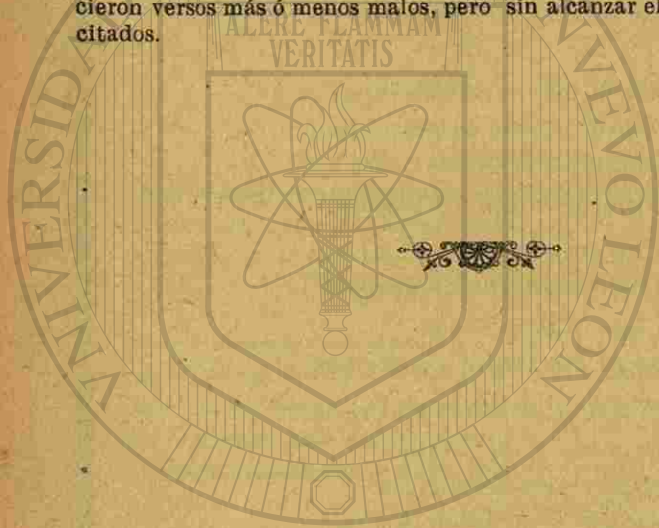
Una horrible detonación que hizo estremecer las calles cercanas se escuchó, y después otra, haciendo que los curiosos, sin saber de que se trataba, emprendieron la fuga, dejando el sitio despejado. Las detonaciones eran producidas por el estallido de las bombas de dinamita que Serdán y los suyos arrojaban desde las azoteas, con el objeto, seguramente, de llamar al pueblo en su ayuda.

Cabe decir aquí que las bombas estaban mal hechas y sin proyectiles dentro, de manera que, no encontrando la dinamita más resistencia que la perilla de latón en que estaba encerrada, hacía explosión sin producir más que un ruido fuerte, como si se disparara un cañonazo. El gendarme que antes había muerto á mi lado al estallar la primera máquina infernal, debe haber recibido el casco de ella en el cráneo.

La calle donde está la casa de Serdán es bastante larga, y el edificio queda más cerca de la esquina de Santa Teresa que de la del Espejo, donde yo me había colocado, no porque hubiera menos peligro, sino por estar cerca del Jefe Político, que necesariamente iba á dar las órdenes para comenzar el asedio y que estaría más al tanto de lo que el Gobernador mandara, puesto que á él iban dirigidas las indicaciones.

La esquila y los versos fueron atribuidos á un señor Blumenkron, pero lo cierto es que á ciencia cierta no se ha podido averiguar quién es el autor. Este supo explotar muy bien el sentimiento del pueblo, y no obstante que ofendía á un muerto, que debe ser siempre respetado, la gente reía al leerlos y se pagaban buenos precios por las copias en máquina ó manuscritas. Yo conservo una, escrita con letra antigua, que bien pudiera ser uno de los originales.

Naturalmente, hubo después muchos poetastros imitadores, que hicieron versos más ó menos malos, pero sin alcanzar el éxito de los arriba citados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

Comienza el ataque

Quando regresé de la Oficina de Telégrafos á la esquina de la calle del Espejo, pude ver las calles absolutamente desiertas, excepción hecha de la mencionada, hacia el sitio donde habíamos estado discutiendo el Jefe Político Pita y yo, pues allí se hallaba reunido un grupo de hombres y muchachos, al rededor de veinte, los cuales trataban de curiosear lo que pasaba en la casa de Serdán, resguardándose con el muro de la esquina.

En una de las casas de dicha calle, tras de las vidrieras, y exponiéndose á recibir un tiro, pero impulsadas seguramente por la curiosidad, mal grave y crónico que padecen todas las mujeres. . . . y muchos hombres, alcancé á distinguir á unas guapas señoritas, amigas mías, y en otro balcón más cercano aún, otras, guapísimas, que me miraban con ojos asustados con grandes deseos de preguntarme ¿qué pasa?

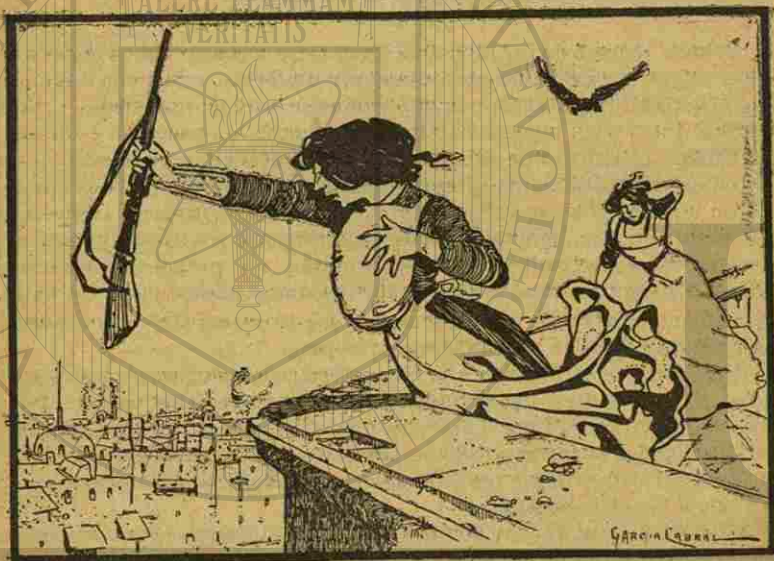
Una horrible detonación que hizo estremecer las calles cercanas se escuchó, y después otra, haciendo que los curiosos, sin saber de que se trataba, emprendieron la fuga, dejando el sitio despejado. Las detonaciones eran producidas por el estallido de las bombas de dinamita que Serdán y los suyos arrojaban desde las azoteas, con el objeto, seguramente, de llamar al pueblo en su ayuda.

Cabe decir aquí que las bombas estaban mal hechas y sin proyectiles dentro, de manera que, no encontrando la dinamita más resistencia que la perilla de latón en que estaba encerrada, hacía explosión sin producir más que un ruido fuerte, como si se disparara un cañonazo. El gendarme que antes había muerto á mi lado al estallar la primera máquina infernal, debe haber recibido el casco de ella en el cráneo.

La calle donde está la casa de Serdán es bastante larga, y el edificio queda más cerca de la esquina de Santa Teresa que de la del Espejo, donde yo me había colocado, no porque hubiera menos peligro, sino por estar cerca del Jefe Político, que necesariamente iba á dar las órdenes para comenzar el asedio y que estaría más al tanto de lo que el Gobernador mandara, puesto que á él iban dirigidas las indicaciones.

Varios gendarmes, escondiendo el bulto lo mejor que podían y sin apuntar á nadie, estoy seguro, disparaban sus armas, al vacío, amedrentando más á las multitudes que huían despavoridas, no solo temiendo el fuego de los revoltosos sino los proyectiles perdidos de los gendarmes, gente ignorante que, antes de ese día no pudo ni siquiera conocer el manejo de las armas.

Serdán y los suyos hacían disparos, de cuando en cuando, y yo, que me asomé un poquito, sirviéndome la esquina de parapeto, pude ver en



Carmen Serdán, desde la altura, convidaba al pueblo á la rebelión.

esos momentos como aparecía una mujer en el balcón principal de la casa, y dirigiéndose á los curiosos que estaban cerca de Santa Teresa, los arengó, agitando en la diestra un rifle.

Confieso que tal acto de arrojo de parte de una mujer que más tarde supe era Carmen Serdán, me llenó de entusiasmo, de admiración, y de tristeza, pensando cuan improba le resultaría su heroicidad.

El pueblo permaneció mudo, quieto, impasible. No hubo un solo impulso para correr en auxilio de aquella mujer que ofrecía armas y parque y que pedía socorro.

¿Fué por falta de simpatía de la causa maderista? ¿Fué por cabardía? ¿Quién puede saberlo! Yo sólo sé que la multitud, tan fácil de arrastrar en otras circunstancias, quedó inamovible.

¿Cármén Serdán debe haberse avergonzado de pedir auxilio á quienes no podían ó no querían prestárselo!

Estaba aún en el balcón, destacándose con figura magnífica; el pelo en desorden, pálida la tez, los ojos hundidos, el ademán nervioso, cuando sonaron varios tiros disparados por los gendarmes.siempre al vacío. Ella no quiso escuchar las detonaciones ni le importaba la vida en esos momentos. Siguió gritando, gesticulando, hasta que una mano seguida de un brazo robusto la sujetó por la ropa y la hizo penetrar á las habitaciones, cerrándose nuevamente el balcón.

¿Que pequeño me sentí en ese momento y cómo deben haberse sentido muchos de la policía que contemplaron aquella temeridad de parte de una mujer!

Quizá el mismo Aquiles se sintió insignificante y cobarde ante el hecho estupendo que narro!

Yo, en quién nadie podía fijarse en aquellos momentos para hacerme blanco de un disparo, me ocultaba tras el muro temiendo morir; y á pocos pasos, presentando el pecho á muchas armas, desafiando al mundo, una mujer raquítica y enlutada; fanática por una causa que muchos condenaban, dando un raro ejemplo de valor!

Para obsolverme á mí mismo de los temores que sufría, un proyectil, disparado desde la casa de Serdán, arrancó la argamasa del edificio en donde antes he dicho que se asomaban unas amigas mías, en la esquina, y yo me retiré violentamente temiendo que siguieran apuntando y corrigieran la dirección de las balas. El ayudante Galina se acercó al Jefe Político para decirle, señalando al extremo de la calle en donde está el templo de San Cristóbal:

—Allí vienen los rurales!

En efecto, pié á tierra, á paso veloz, con las carabinas listas, venía un grupo como de veinte rurales, con sus trajes de charro, casi sonrientes, como si se tratara de un desfile militar y no de una batalla. Caminaban unos detras de los otros, pegados al muro, mientras el jefe de ellos, con una pistola en la mano, iba por mitad de la calle.

Junto á la puerta del templo se detuvieron, á la voz de ¡alto! que dió el jefe, y este atravesó la calle, reuniéndose con el señor Pita, á quién se cuadró militarmente esperando órdenes.

El General Valle acababa de llegar, con tres ó cuatro personas supuse eran militares empleados en las oficinas de la Zona, todos en trajes de paisano, muy serios, como si fueran á un entierro. Y el General Valle, Jefe de la Zona, ni siquiera se acercó á Pita para preguntarle que ocurría, ni para ponerse de acuerdo. Ignoraba cuanto podía interesarle pero no quiso indagar, se concretó á enfrentarse con los rurales y les gritó:

—¡Viva el supremo Gobierno! ¡Adelante, muchachos!



Y así dice el Mayor Fregoso que quedó.

Ya Pita había dado las órdenes al jefe de los rurales, y este llamó con el puño de la pistola á la puerta del templo, que había permanecido cerrada, pero en el interior de la cual estaban los sacerdotes franceses, listos para franquear la entrada á la tropa en cuanto se les pidiera.

—¡De frente, marchen! ordenó el oficial, y los soldados penetraron á la iglesia cubiertos y armados, presentando un aspecto tan raro, llevando á la cabeza al sacerdote, de sotana, que les indicaba el camino para ascender á la torre, que se me antojó una cosa como de comedia, por más que fuera muy natural.

—¡Alto, gritó el señor Pita cuando hubieron entrado las dos terceras partes de los rurales—los que quedan fuera, vengan conmigo!

Y este segundo grupo atravesó la calle á la carrera, escuchándose en ese momento una descarga que les hacían desde la casa de Serdán. Ninguno fué alcanzado por las balas y todos penetraron á la casa de Pita, para posesionarse de las azoteas y atacar desde allí á los sediciosos.

Yo quedé indeciso en mitad de la calle, teniendo á mis espaldas un grupo de curiosos que no se atrevían á asomar las narices. A la puerta de la casa de Serdán seguían tirados los dos cadáveres, y en el extremo, en Santa Teresa, hacia la izquierda, podían distinguirse dos ó tres kepís de gendarmes y una que otra cabeza de algunos curiosos resueltos.

La batalla iba á librarse por las alturas y yo, iba á quedarme sin ver los detalles, cuando tanto interés despertaban en mí.....

Como rayo atravesé la calle, subí la escalinata del templo, cuyas puertas se habían vuelto á cerrar y llamé fuertemente, con la palma de la mano, desesperadamente, como si de aquello dependiera mi reputación, mi vida.

La puerta se abrió, y un grupo de rurales que había quedado como retén, se adelantó, con las carabinas preparadas, preguntándome uno de ellos con voz airada:

—¡Qué quiere!

—Entrar, subir á la torre—respondí violentamente.

—¿Y quién es usted?

—¿Yo? dije en son de pregunta para urdir alguna mentira que me franqueara las puertas—pues soy el Juez de Distrito!

Aquella audacia, de la que me reí después bonitamente, fué el "sésamo ábrete". La tropa me dejó el paso libre y yo, sin conocer la topografía del templo, me interné, buscando la subida á la torre, que me indicó un rapavelas con cara de imbécil.

Y por ahí vá, escaleras arriba, tropezando en la obscuridad, jadeante, medio temeroso, pero decidido, "el juez de distrito" gophir, sujetándose el bombín que, por estar á la moda apenas se ajustaba á la cabeza, y que caía á cada movimiento brusco.

Al llegar á las bóvedas del templo, me encontré con los rurales, y como el oficial me viera recelosamente, creí oportuno tranquilizarlo y le dije:

—Dice el señor Pita que ya mandó pedir cartuchos.

—Está bien—me respondió con indiferencia—y volvió la espalda.

Lo que es á este, si le llego á decir que soy el Juez de Distrito, me manda fusilar sin trámites. Así era de mal encarado.

Sin embargo, no me molestó para nada y se ocupó en dictar las órdenes para que comenzara el tiroteo sobre la casa de Aquiles, cuyos corre-

dores altos distinguíamos perfectamense, no observando ninguna persona en ellos, ningún sedicioso que hiciera frente.

Al otro lado de la calle, en la azotea de la casa del Jefe Político, estaban ya los otros rurales, colocados en fila, apuntando para la casa de Serdán, haciendo fuego. Y distinguí entre ellos á mi antiguo colega el periodista Lic. Jesús Z. Moreno, que incidentalmente se hallaba en Puebla, atisbando los detalles detrás de una prominencia de muro.

—¡Fuego!—gritó el oficial de los rurales disparando su pistola con dirección á la casa donde se hacían fuertes Serdán y los suyos.

Y una descarga desigual atronó el espacio con sonido tan metálico como cuando se golpea un poste de hierro, pero como si se golpearan á un mismo tiempo centenares de postes.

El otro grupo de rurales comenzó á disparar, á discreción, mientras los sitiados hacían fuego de cuando en cuando, pero sin que nosotros supieramos en qué dirección.

Yo me asomé un poco más para ver lo que pasaba en el otro extremo de la calle, y fué entonces cuando ví avanzar, hacia la casa, dos secciones del Batallón Zaragoza, una de cada acera y en el centro, con la espada desenvainada, un oficial que se destacaba perfectamente y que marchaba impávido, señalando á la tropa el camino recto donde iban á encontrar al enemigo.

Por primera vez, excepción hecha del gendarme que murió junto á mí á consecuencia de la explosión de la bomba, ví caer á un soldado herido frente á la casa de los sitiados, en la puerta del templo de Santa Clara. Nadie le hizo caso; la tropa continuó avanzando sin disparar, mientras el herido se arrastraba trabajosamente, llegando á la esquina sin soltar el fusil.

Casi al mismo tiempo, observé que la altura del templo de Santa Clara era ocupada por soldados del Primer Regimiento de Caballería, quienes, ocultándose lo más que podían, tomaban sus posiciones, en tanto que los jóvenes oficiales, con mucho valor, daban órdenes que yo no podía escuchar.

Aquella tropa, según se vió más tarde, fue expuesta inultamente, corrió peligro de ser destrozada, puesto que se colocó precisamente como blanco de los rebeldes, frente á frente, al descubierto casi.

Fué así, sin objeto, como murió el joven subteniente Gustavo Bravo recién salido de la escuela de Aspirantes á las filas: cazado, esta es la palabra, pues cuando menos se esperaba recibió un tiro que lo dejó sin vida. Fué un sacrificio inútil y así pudieron sacrificarse muchos otros.

Los del Batallón Zaragoza, detrás de los cuales venían los Coroneles

Dn. Gaudencio de la Llave, á caballo, y Dn. Mauro Huerta, se detuvieron, y poco después comenzaban el fuego, que fué generalizándose hasta tener aquello el aspecto de una batalla en toda forma.

Yo calculé que se disparaban lo menos cinco mil cartuchos por hora, y más tarde pude convencerme de que mi cálculo no era tan desacertado, basándome en el parte que rindieron los diferentes jefes, en los que fijaban el número de parque gastado en la refriega.

El tiroteo se escuchaba como si estallaran millares de cohetes en una de nuestras fiestas nacionales. Así debe haberles parecido á los que desde lejos prestaban atención; pero lo que es á los que estábamos cerca, mirando aquello y esperando ver cosas terribles, nos producía, á mí al menos me produjo, una fuerte impresión, un choque nervioso que se traducía no en temblores ni en palideces, ni en vacilaciones ni en miedo: solamente en fuerte dolor de piernas, como el que se experimenta cuando camina uno mucho á pié.

Un valiente que cae

He dicho ya que mi principal punto de observación fué, al principio del ataque de la casa, las alturas del templo de San Cristobal, y por lo tanto mentiría si dijera que los sucesos desarrollados en el otro extremo de la calle pasaron ante mis ojos. Vi algo desde lejos, es cierto, pero tan poco, que más tarde hube de subir á la bóveda del templo de Santa Clara para formarme una idea exacta de lo que había pasado y estaba pasando.

Así pues, para continuar mi relato hube de apelar á las entrevistas con personas que me pudieran informar fielmente, siendo una de ellas el Coronel Mauro Huerta, Jefe del Batallón Zaragoza, quién se dignó proporcionarme los detalles que en seguida transcribo.

El, modestamente, cayó la participación que con toda valentía tomó en la refriega, pero yo he de hacerle justicia, mal que le cause enojo.

Cuando me presenté en la sala de banderas del Batallón, en el Paseo Bravo, fui recibido amablemente por el Coronel, quién, enterado del objeto de mi visita, con la mayor naturalidad y de un modo tan ordenado que me sorprendió, porque en mi carrera reporteril á pocas personas he entrevistado que contestaran tan sencilla y categóricamente, habló.

Oficialmente, no sabía nada de la revuelta que se decía iba á estallar el día veinte, pero por las habillitas en diversas reuniones llegó á sus oídos que algo se tramaba en contra del Gobierno. Sin embargo, no tomó en consideración los rumores, creyendo que se trataba de una de tantas bravatas como se inventaban para sorprender á los incautos.

Por eso, no dejó de sorprenderle que se presentara el Gobernador en el cuartel y le diera orden de mandar salir la tropa y de ir él, á la cabeza, para reprimir el mitote que acababa de empezar.

Inmediatamente mandó vestir á los únicos cincuenta hombres que en ese momento había en el Cuartel; los dotó de sesenta cartuchos por cabeza, ensilló su caballo y salió al frente de ellos, á paso veloz, sin saber á punto fijo en que lugar ocurría el desorden.

Por el camino se encontró á uno de los hijos del Mayor Fregoso, á quién le preguntó si sabía algo, pero aquel respondió que sólo había oído decir que en la calle de Santa Clara estaban disparando mucho. Ignoraba que ya en esos momentos su padre estaba prisionero ó muerto.

La fuerza entró por la calle de la Carnicería, para evitar los tiros de frente, y al llegar á la esquina se encontró con el Coronel Llave, quien se le reunió, haciendo mover su caballo para colocarse al lado de Huerta.

En el momento en que desembocaban á la calle de Santa Clara, Huerta ordenó á su tropa:



El Coronel Mauro Huerta después de la refriega.

—¡Cárguense á la izquierda! con el objeto de no presentarse como blanco á los sediciosos, pero el Coronel Llave siguió del lado derecho, desafiando el peligro.

De pronto el caballo de dicho militar cayó, herido, y el jinete, abandonándolo, se armó de una carabina, yendo á reunirse con el resto de la fuerza.

Huerta también se apeó del caballo, cogiendo un remington de un soldado y se puso á la cabeza, ordenando á los suyos que llamaran á los zaguanes cercanos para guarecerse del fuego que les dirigían, pero inútilmente, porque ninguna puerta se abrió. Entonces retrocedieron hasta el

Hotel Barcelora, cuya puerta estaba entreabierta, pero con una gruesa cadena en el interior.

Varios soldados forcejeaban, tratando de romperla, cuando desde lo alto de una casa del Estanco de Mujeres, donde hay un restaurant, les hicieron fuego, cayendo varios soldados heridos.

El Coronel Huerta mandó dar media vuelta apuntando á la casa desde donde tan á masalva les habían tirado, y mandó hacer fuego, sin distinguir alma viviente.

La puerta del Hotel se abrió y entraron los soldados y los dos Coroneles así como el subteniente Ojeda, que se portó como un héroe; y puestos en línea de tiradores, atacaron.

Entonces comenzaron á verse actos de valentía de parte de los soldados, pues muchos de ellos, desobedeciendo las órdenes, se adelantaban demasiado, poniéndose casi al habla con los amotinados, quienes, bien ocultos tras de los muros, hacían nutridas descargas.

Un soldado, Angel Montaña, que ahora ya ascendió á cabo por su buen comportamiento en aquella ocasión, llegó casi á lo increíble, presentándose como único blanco al disparar su arma contra los sitiados.

Apenas había comenzado el ataque, cuando el Teniente Coronel Lecona, que también se manejó como un bravo, se acercó á participarle que el Coronel Llave estaba herido, con el vientre perforado por una bala, y que no quería dejarse curar alegando que no lo haría hasta que los rebeldes se hubieran rendido.

En efecto, el Coronel Llave se presentó pocos minutos después, todo ensangrentado, pero sonriendo, como si nada le hubiera sucedido y también como si aquello fuera para él una diversión, se acercó hasta la línea de los soldados y siguió haciendo fuego, dando algunas órdenes que inmediatamente eran cumplidas.

Llevaba el Coronel Llave una blusa de dril, que estaba tinta en sangre, al nivel de la cintura, presentando además dos ó tres orificios de proyectiles que no le llegaron al cuerpo. Más tarde se vió una cosa rara: un proyectil, dirigido al pecho, perforó la blusa, el chaleco, rompió el estuche de los lentes que el militar llevaba en el bolsillo, cerca del corazón, y allí quedó, sin tocar la piel y sin romper los cristales de los lentes.

Hubo un momento en que un sargento lo vió vacilante, y con rapidéz lo sostuvo, en los instantes en que se desmayaba, agotado por la pérdida de sangre. Entonces lo bajaron á uno de los cuartos del hotel, en donde el propietario le vendó la herida lo mejor que pudo. Recobró el conocimiento, pidió un traguito de coñac, y subió de nuevo á la azotea, para continuar la lucha.

Hombres de ese temple son dignos de loa!

El Coronel Huerta, comprendiendo que desde el sitio en que se hallaban sus hombres no harían nada práctico, mandó hacer alto al fuego y después que bajaran, para dirigirse á las bóvedas del templo de Santa Clara, pero buscando un sitio mejor que el que habían escogido los federales, pues repito, estos estaban á merced de los sitiados.



Teniente Coronel Lecona.

Atravesaron la bocacalle á paso veloz, viendo como el oficial de gendarmes Porfirio Pérez, que más tarde debía de dar muerte á Aquiles Serdán, se echaba la carabina á la cara y disparaba sobre el estudiante Martínez, que salía huyendo de la casa sitiada, dejándolo tendido en el sitio.

Entraron por la casa de un señor Fourlong, pero no había escalera para subir á la azotea, de modo que salieron para penetrar á otro edificio, ganando un caracol que conducía á las alturas. Allí, encontraron el cadáver de uno de los sediciosos, y como el paso era tan estrecho, pasó la tropa sobre el cuerpo.

Uno de los soldados resbaló al poner un pié en falso y cayó de cara al muerto, ensangrentándose el rostro.

Ya en la parte alta, había rurales y gendarmes de la montada, y todos abrieron el fuego, tan cerca de los maderistas que podían cambiarse denuestos, injurias que resultaban más tremendas en aquellos instantes.

Casi se luchaba cuerpo á cuerpo, y fué entonces cuando los sitiadores admiraron actos de arrojo de los sitiados.

Cuando comprendió que los revoltosos estaban debilitados, bajó con su tropa á la calle y de frente atacó la puerta de la casa, acercándose hasta quedar pegado al zaguán.

Vió los dos cadáveres y acercándose más aún, reconoció el del Coronel Cabrera, pues dijo volviéndose á uno de sus oficiales:

—¡Es el Coronel Cabrera!

Al escucharlo hablar, alguien que estaba por el interior hizo fuego contra Huerta, quién se retiró violentamente hacia un lado. En esos momentos comenzó un tiroteo terrible, quizá el más formidable de la mañana trágica.

Caían pedazos de hierro de los balcones, se despedazaban vidrios, se destruían muros.....

En el interior, como á la media hora, cesó por completo el fuego.

Las grandezas de la desesperación.

Aquiles Serdán, hostilizado por la policía que estaba enterada de sus siniestras maquinaciones; comprometido con Madero para hacer que Puebla entera se levantara en armas contra el Gobierno; poseedor del secreto para comenzar la revuelta; de las armas y de las municiones, no pudo resignarse ante la idea de que sus planes habían sido descubiertos, de que iba á fracasar todo lo proyectado, de que iba á caer en las garras de la policía, y en el colmo de la desesperación, decidió matar.

¿Pudo obrar con calma? Pedidle calma—ha dicho un orador—al rayo que cae, al huracán que azota, al torrente que se despeña, pero no la reclameis de aquel alucinado!

¡Calma!... Y los planes? ¡Calma!...! Y la libertad, y la gloria, y la popularidad y el mando!

Aquiles iba á ser, seguramente, el Gobernador de Puebla; así lo había indicado Madero en diversas ocasiones. Y Madero no era un embaucador.

¿Decidió morir?

No, que seguramente no lo pensaba. Creyó salvarse; ver reunido á su alrededor al pueblo, verlo armado, verlo atacar y vencer y adueñarse del mando, y él, el leader, la cabeza del movimiento en el Estado, surgir como figura soberbia y sentarse en el estrado principal del Palacio, representando al Ejecutivo!

Desde la víspera estaba en el secreto de lo que la policía le preparaba, y acordó, en consejo de familia, reunir en su casa á los más decididos de sus correligionarios para hacerse fuertes, para adelantar el motín, para empezar, como de hecho empezó, la revuelta que tanto iba á ensangrentar el suelo de la república.

Cuando los inquilinos de las viviendas altas se dieron cuenta de que entraban á la casa de Serdán individuos de fea catadura, recatándose pa-

cuenta de lo que los guardianes de la estancia hacían. Todo en vano, un silencio de tumba reinaba como soberano absoluto. Trató de percibir la respiración de los soldados dormidos levantando un poco el cuello por medio de un esfuerzo inaudito. Nada; iba ya á volver á su antigua posición, desalentado, cuando percibió claramente un ronquido que se repitió después más distintamente. Eso acabó de decidirle. Las energías le volvieron instantaneamente, y con precauciones infinitas levantó un poco, muy poco, las maderas, angustiado por el temor de producir algún ruido que despertara á sus guardianes. Invirtió mucho tiempo en esa tarea. El aire cálido de la estancia inundó plenamente sus pulmones produciéndole una sensación deliciosa que por mucho tiempo le hizo olvidar todo peligro y toda prudencia. En su ánsia de aspirar más de prisa aquel ambiente vivificador, levantó bruscamente las maderas, sin darse cuenta de que, al hacerlo, producía un ruido que puso sobre sí á los soldados que permanecían en un estado de semisomnolencia.

Su cabeza pálida, manchada de sangre y tierra, apareció horrible á la difusa luz de la linterna que alumbraba aquel cuadro de desolación y de muerte. Los guardianes le veían, algo desconcertados por la aparición, y el pensó en aprovecharse de aquellos instantes de tregua para intentar y convencerles de que debían respetar su vida. Temeroso empero de ser agredido se apoderó de la pistola que fuera su compañera única de cautiverio.



Tres horas de infierno.

Cuando el español Pérez llegó á la casa acompañado de su esposa, de sus hijos y de su criado, en la mañana del día trágico, no imaginó que iba á pasar las tres horas más amargas de su vida, pues supuso que el peligro había desaparecido al asomar el sol.

Cuan engañado estaba.

Unos cuantos minutos habían transcurrido desde que penetró á sus habitaciones, cuando su esposa le hizo notar que alguien llamaba á la puerta del zaguán con fuerza.

Con el oído atento, Pérez estuvo algunos minutos, teniendo al lado á su esposa la cual, sin explicarse perfectamente el por qué, se puso muy excitada, tanto que Pérez se creyó obligado á tranquilizarla diciéndole:

—No temas, nada sucederá.....

Una fuerte detonación cortó la frase, y Pérez, dominando sus nervios salió rápidamente á los corredores de la casa, para ver lo que ocurría en la parte baja. Y pudo ver como Cabrera caía sin vida, lo mismo que el Agente Murrieta, y cómo Serdán y los suyos, apareciendo en el patio como por arte de encanto, se precipitaban sobre los dos cadáveres y los arrastraban despiadadamente, poseídos de frenética locura.

Pérez regresó violentamente á sus habitaciones, enterando á su esposa de lo que acababa de ver, y ella le suplicó salieran de aquella casa, donde tan malos ratos estaban pasando.

Pero ya era tarde.

Temieron ser detenidos por Serdán y los suyos, quienes podían suponer que salían para denunciarlos y causarles algún daño; no se decidieron á dar un paso, y así, indecisos, permanecieron quien sabe cuanto tiempo, hasta que sonó el estallido de la primera bomba y comenzó el tiroteo de una y otra parte.

El español, atónito, no acertaba a tomar una determinación. Salir, era imposible; permanecer allí era desesperante.

¿Qué hacer?

Una bala hizo pedazos el espejo de la recámara en la cual se encontra-



PEREZ NO OLVIDARA JAMAS LAS HORAS CRUELES QUE PASO MAS TARDE.

ban, saltando los fragmentos del cristal muy cerca de los esposos y de sus hijos, y hubieron de replegarse hacia un lado, temerosos de que otra bala los hiriera.

Un segundo proyectil arrancó la argamasa de la pared, llevándose un girón de papel tapiz, y luego otro y otro, por todos lados y en todas direcciones.

Era una lluvia de balas, era nada menos que la muerte para él y para su familia.

En ningún punto de la habitación estaban á cubierto, porque los que atacaban la casa eran centenares y disparaban millares de cartuchos.

El español Pérez tuvo una idea: agrupó á su esposa, á sus hijos y al criado en el umbral de una y otra recámara y así, formando un extrñño conjunto, con los rostros descompuestos por el terror, por la angustia, por la desesperación; no atreviéndose á dar un paso, ni á gritar, ni siquiera á agacharse para atraer más á las criaturas que lloraban sin tregua y sin darse cuenta de lo que pasaba; y así pasaron los primeros minutos.

El fuego continuaba cada vez más fuerte, y Pérez pudo distinguir, en medio del estallido de las bombas y los disparos de la fusilería, los gritos de los maderistas, pidiendo parque, los ayes de algún herido ó la caída de un combatiente á quien acababa de alcanzar certera bala.

Aquel matrimonio se estremecía á cada momento pensando que una iba á arrancar la vida á ellos ó á alguno de sus hijos.

¿Cuándo acabaría aquello? ¿Escaparían con vida?

Indudablemente que nó.

Las tropas iban á entrar, puesto que eran numerosas, y nadie de los que estaban dentro de la casa podría contar lo acontecido. No habría perdón para nadie, estaba seguro.

¡Y su esposa, y sus hijos, aquellas inocentes criaturas, iban á perecer por culpa de dos ó tres ambiciosos!

La tensión nerviosa de la señora iba en aumento; se agitaba sin cesar, no teniendo ya lágrimas que verter, porque había llorado mucho.

El esposo la sujetaba, la sostenía casi en peso, comprendiendo que aquella naturaleza débil estaba á punto de sufrir una crisis. Llegó á pensar si su esposa perdería la razón. Nada difícil era.

El fuego iba aumentando y las balas llegaban á las habitaciones con más frecuencia.

¡Oh, esto es más horrible que el infierno!

La señora se agitó más aún y después sufrió un fuerte ataque de nervios. El ya no podía casi sostenerla, y no había que pensar en recostarla porque los de afuera, los del Gobierno, tiraban sin descanso.

Asomar la cabeza era morir.

¿Qué auxilio podría prestar á su esposa en aquel tremendo trance?

Los niños, que vieron á la madre desplomarse, agitándose convulsivamente, rompieron á llorar con más fuerza; y se abrazaban al autor de sus días como para que los protegiera!

Mucho tiempo debía haber transcurrido, pero sin embargo, el fuego no cesaba; al contrario, se oían más distintas y más cercanas las detonaciones.



Efectos de los proyectiles en un espejo

La señora, poco á poco, fué recobrando el conocimiento, pero tan pronto como se dió cuenta del sitio en que se hallaba y de las extrañas condiciones en que había sufrido el desmayo; cuando volvió á palpar el peligro que la rodeaba á ella, á su esposo y á sus pequeños, estalló en sollozos.

Seguramente habían pasado más de dos horas, cuando el fuego cesó por breves instantes.

Pérez sintió la esperanza de escapar con vida. Supuso que aquello había concluido; que el registro de la casa iba á hacerse en completa calma; que se le respetaría.

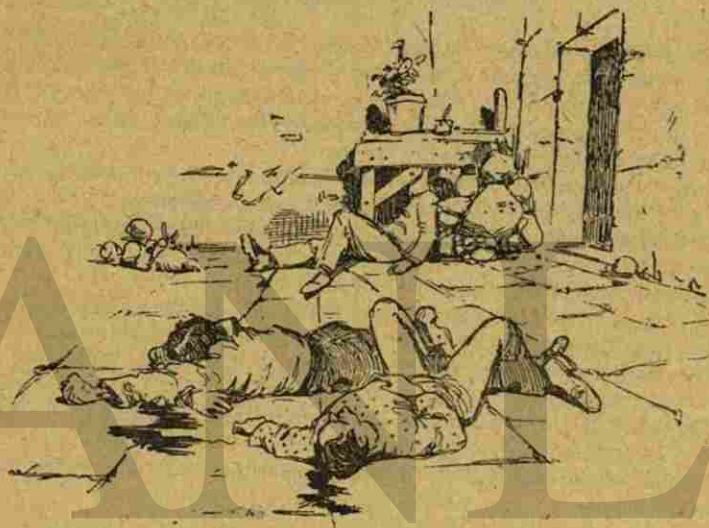
—Asómate—dijo al criado que durante todo el tiempo había permanecido en un estado de idiotez—asómate á ver si esto ha concluido.

El criado obedeció, y estirando los músculos, entorpecidos por la postura forzada en que estuviera durante tanto tiempo, se adelantó hasta la puerta.

No llegó.

Una descarga atronó el espacio y el infeliz aquel, inocente víctima de las circunstancias, cayó con el pecho atravesado por dos balas.

Y cayó á los pies de sus amos, á la vista de los niños, que abrian desmesuradamente los ojos contemplando el cadáver.



En el patio había varios muertos.

De nuevo se reanudó el combate y se reanudó también la trágica escena de aquella familia expuesta á morir.

Y allí; ante el cadáver del criado, acechados por quién sabe cuantos soldados dispuestos á disparar, ya que no sabían quien fuera Pérez ni lo que buscaba en aquel sitio, hubieron de permanecer tres largas horas, hasta que la casa cayó en poder de las tropas.

Los soldados penetraron ordenadamente, con las armas preparadas para repeler el ataque, en caso de que alguien estuviera dentro.

Tras de una puerta, apareció un hombre armado y dos ó tres soldados dispararon sobre él, dejándolo muerto.

En una caja de grandes dimensiones se había ocultado un herido, pero falleció por asfixia, seguramente, pues así lo hallaron al abrirla.

Subieron á las habitaciones de Pérez y lo respetaron cuando gritó que era gente de paz.

El, su esposa y sus hijos fueron conducidos hasta la calle, con muchas consideraciones.

Se revolvieron papeles, se descerrajaron muebles, puertas, cristales, cuanto había, todo fué registrado.

Se trataba den encontrar á Aquiles, quien debía estar oculto en algún subterráneo en compañía de muchos de sus correligionarios.

En menos de una hora, la casa quedó convertida en un basurero.

Yo penetré cuando aún los soldados discurrían por las piezas, por los corredores y las azoteas, y pude ver la aprehensión de un individuo, de origen guatemalteco, herido, cómplice de los sediciosos, quien se hallaba oculto en una finca cercana.

Desde luego protestó su inocencia diciendo que no conocía á Serdán, pero se le hallaron encima documentos comprometedores.

Estuve en la pieza donde se ocultaba Serdán, y posé mis pies sobre la tarima que lo cubría, ignorando, naturalmente, que el cabecilla preparaba su fuga, mejor dicho, que preparaba su muerte.

En las bodegas del español Pérez, había una gran cantidad de bultos conteniendo bacalao seco; y todas, sin excepción fueron abiertas, creyéndose ocultaban armas ó municiones, quizá que allí estaba escondido Serdán.

La casa y la manzana entera quedaron custodiadas por la fuerza del Estado; la policía y el Batallón Zaragoza.

Serdán, debía permanecer quince horas oculto, antes de pagar con la vida su rebelión.

Cómo murió Serdán

Un grupo de rurales quedó en la azotea de la casa de Aquiles, extendiendo su vigilancia hasta tres ó cuatro fincas cercanas, pues por ellas habían tratado de huir los sediciosos y había temores de que aun permanecieran ocultos, esperando la caída de la tarde para escapar.

Además, y esto fué muy interesante y se le dió grandísima importancia, alguien escuchó ruidos subterráneos en las habitaciones de la casa trágica; y pronto corrió la voz, por todo Puebla, de que un número considerable de rebeldes estaban ocultos; que las galerías subterráneas minaban la ciudad y que tenían gran cantidad de dinamita para volar manzanas enteras en el caso de ser descubiertos.

Un piquete del Batallón Zaragoza se instaló en el patio de la casa de Serdán, mientras en las habitaciones se distribuían rurales, policías de la montada y algunos oficiales de la de á pié, á todos los cuales se les dió orden de estar alertas, y de hacer fuego contra cualquiera que, armado, se presentara en esa casa ó en las adyacentes.

Cuando se tuvo noticia de los misteriosos ruidos subterráneos, se dispuso que varios soldados, provistos de picos y palas, practicara una excavación, y hubo la coincidencia de que se descubriera la entrada de una cueva al pié de la escalera de una casa contigua, dande márgen este detalle á que se tomara por absolutamente cierta la versión de que estaban ocultos centenares de revolucionarios.

Cuando la excavación estuvo suficientemente honda, bajó uno de los soldados, encontrando que se bifurcaba, y las autoridades, para no exponer inútilmente á la tropa, por una parte, y por otra tratando de abreviar la maniobra, ordenaron se arrojara á aquel subterráneo grandes cantidades de agua, con el objeto de hacer que los revoltosos abandonaran el escondite ó perecieran ahogados.

Una bomba comenzó á funcionar, arrojando agua, pero aquella cueva no tuvo fin. Pudieron haber arrojado allí el diluvio universal, que ni con esa cantidad de agua se llena.



La recámara de Serdán después de la refriega

Los maderistas, naturalmente, no salieron. ¡Como que no había nadie!

Sin embargo, la versión sirvió para alejar de aquel rumbo á muchos curiosos, pues temían volar de un momento á otro, y no en aeroplano.

A las seis de la tarde, recorrí las calles principales de Puebla, sin encontrar una sola persona.

Esto no es exageración y pueden desmentirme los habitantes de la anélgica si ocurrió lo contrario.

Solo ví abierto el restaurant «La Concordia», cuyo propietario, de origen catalán, estaba más preocupado por el mal negocio que por el peligro que él y su casa pudieran sufrir.

A las siete de la noche, la ciudad parecía encantada. Con su iluminación brillante, pero sin que se aventurara á salir uno solo de los habitantes. Solo algún forastero atrevido ó ignorante paseaba su fastidio, admirándose como ante un animal raro cuando me encontraba.

En el interior de la casa de Serdán, la tropa había encendido fogatas, y se cocinaba con pedazos de madera á falta de leña.

Los soldados, en grupo, hablaban quedo, teniendo las armas á la mano, cubiertos sus cuerpos con los capotes de paño azul, sobre los que se destacaban las cintas blancas que sostenían la bolsa del parque.

Porfirio Pérez, el oficial de gendarmes montados que había matado á tres ó cuatro de los sediciosos, entre ellos á un estudiante, y que iba á dar muerte más tarde á Aquiles, se instaló en la pieza donde éste se ocultó, y durante las primeras horas de la noche se entretuvo conversando con varios de sus compañeros y con el oficial Bedo, del Batallón Zaragoza. Naturalmente, el tema de las conversaciones era el ataque y la defensa de la casa que vigilaban.

Porfirio Pérez me relató la muerte de Serdán, días después, mucho después de ocurridos los sucesos, y quiero cederle la palabra, no sin contar antes cómo pude hacerle hablar.

El Teniente Bedo, del Zaragoza, quiso darse pisto haciéndose aparecer como el matador de Serdán, y aprovechando la coyuntura de haber sido entrevistado por algunos periodistas, al día siguiente de la tragedia, les contó que él había disparado sobre el cabecilla; y se dejó retratar por cuanto fotógrafo le pidió permiso para ello.

No es de extrañarse, pues, que la prensa le atribuyera la muerte de Aquiles, hecho que, por otra parte, no me parece muy honroso.

Yo supe, y así lo comuniqué á «El Diario» que un oficial Pérez era el matador de Serdán, porque recordé que el propio Pérez me lo había dicho ante el ensangrentado cadáver del cabecilla, precisamente cuando tomaron

la fotografía que aparece en este libro, representando el cuerpo en el suelo y muchos curiosos alrededor.

De todos modos, estaba en duda de cuál era la verdad, y decidí hacer un viaje expreso a Puebla, con el fin de investigar los hechos y hacer que el dibujante García Cabral tomara apuntes para las ilustraciones, como de hecho los tomó..... perdiendo después el cuaderno en un baile y resultando infructuoso el viaje, cuando menos por lo que á sus dibujos se refería.



Fosa en la que estuvo oculto Aquiles Serdán

García Cabral y yo nos encaminamos al Cuartel de Policía, rogando al Jefe de dicho Cuerpo, persona muy amable, que nos permitiera hablar con Porfirio Pérez y tomarle un apunte del natural.

Accedió gustoso ó sin gusto, pero accedió, y llamando á un gendarme le dió esta orden:

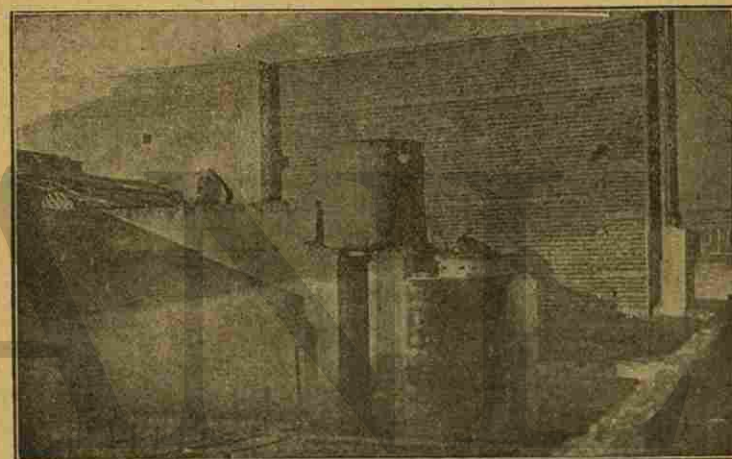
—Vaya usted con los señores á donde está el oficial Porfirio Pérez, y dígame que se ponga á su disposición para lo que le indiquen.

Llegamos al Cuartel de la Policía montada y fué llamado el oficial Porfirio Pérez, á quien el gendarme que nos acompañaba expresó la orden del señor Márquez, Jefe que substituyó á Cabrera en el mando de la fuerza de seguridad.

Pérez es un individuo de baja estatura, de color moreno, facciones recias, pómulos salientes y escaso bigote. Es originario de Oaxaca y sirvió algunos años como gendarme en el Distrito Federal, después en su Estado y por último en Puebla, donde logró ascender á oficial.

Su aspecto, en general, es poco agradable, y más cuando se lleva, como la llevabamos nosotros, prevención en su contra.

—Señor Pérez,—dije yo—tratándolo con toda cortesía—estoy escribiendo un libro sobre el asunto de Serdán, y he querido tener con usted una entrevista para que me platique cómo lo mató.



Azotea de la casa de Serdán donde cayeron varios sediciosos muertos.

Así, sin ambages le espeté la pregunta y él, con rapidez y visiblemente enojado, me respondió:

—Yo no sé quién es usted.

—Pues ya se lo he dicho: soy un periodista que necesita saber cómo mató Ud. á Serdán, para escribir un libro.

—Yo no maté á nadie.....y además, solo las autoridades competentes pueden tomarme declaración. Dígame usted al Jefe que en esto si no le obedezco.....que solo ante un juez hablaré—concluyó resueltamente.

—Pues el jefe, señor oficial, le ha ordenado á Ud. que se ponga á mi disposición, y si Ud. no obedece le impondrá un castigo.

—Que me lo imponga.

—Cuando menos se dejará Ud. tomar un dibujo, un apunte de su cara. El señor—dije señalando á mi amigo Cabral, es un buen dibujante y vá á retratarlo.

—Eso sí, pero lo que es hablar.....además.....yo no maté á Serdán ¿quién se lo ha dicho á Ud?



—Pues á Ud. lo buscamos.

—¿Quién? Usted mismo, al día siguiente de los sucesos, ante el cadáver, en el patio de la Comisaría, en donde, por cierto, fuimos retratados ¿Recuerda Ud. ahora?

—Yo no pude decir eso.

—Lo que pasa—agregué usando un plan que me ha dado magníficos resultados en muchas ocasiones—es que tiene Ud. miedo.

—¿Yo miedo? ¿Yo miedo? ¿Y de quién? me interrumpió visiblemente ofendido.

—Pst, quién sabe.....de los maderistas.....

—Pues eso sí que nó. Yo he demostrado que no tengo miedo. Yo lo maté y cara á cara. Ya que es Ud. periodista y ahora que recuerdo que lo ví en la Comisaría cuando aquello, voy á decirle.

Verá usted; ya estábamos dormitando, á eso de las dos de la madrugada, cuando oí ruido en la pieza de al lado y me puse en guardia, aunque sin pensar que se tratara de algún revoltoso.

Mis compañeros quedaron *silencios* y yo me levanté en el momento en que se oían claramente sus pasos.

De pronto apareció Serdán, llevando en la mano una pistola. Iba como tomado, porque se *ladiaba* mucho, pero al verme, ya en el quicio de la puerta, se detuvo, muy asustado.



El Teniente Bado, que disparó sobre Serdán el segundo tiro

En cuanto lo ví de *roto* dije: este es de ellos—y le apunté con la carabina. Entonces él, con voz muy triste me dijo avanzando:

—No me tiren, que soy Aquiles Serdán!

—Pos á Ud. lo buscamos! Y diciendo y haciendo, disparé sobre él, viendo como caía sobre una silla, resbalando después sobre el piso. La bala le *entró* por un ojo y le pasó la cabeza.

Ya sobre tirado, llegó el oficial Bado, del Zaragoza, y le apuntó al *pes-cuezo*, dándole un tiro más.

Luego bajaron todos los rurales y los compañeros que había en la parte alta y en la *zotea*, creyendo que habían aparecido más revolucionarios, y yo di cuenta á mis jefes, entregando algunos papeles que llevaba Serdán en las bolsas.

He querido transmitir á mis lectores, casi textual, la charla del oficial Pérez, hombre rudo é ignorante.

—¿Y no tuvo usted miedo cuando lo vió aparecerse? pregunté.

—¿Miedo? No, yo no tengo miedo; peor era que me hubiera matado á mí.

—Pero siempre; después de haber visto tanto muerto; en la obscuridad de la pieza, notar que se aparece una especie de fantasmadebe imponer



El cadáver de Serdán yacía, destrozado,
sobre el pavimento

—¡Qué imponer ni qué imponer. *Pior* es que lo maten uno!

Poca gente se dió cuenta de la muerte de Serdán hasta el día siguiente por la mañana, cuando el cadáver, ya limpio de la sangre y de la tierra quedó expuesto, sobre una una camilla, en las afueras de la Comisaría.

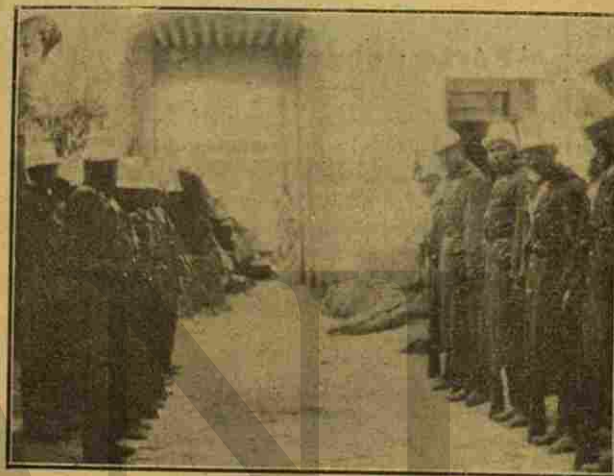
Entonces se organizó, de todos los barrios de la ciudad, una verdadera peregrinación hasta el sitio mencionado, quedando la calle, que es] muy amplia, materialmente llena de curiosos, al grado de que era imposible dar un paso.

Nadie creía que Serdán hubiera muerto hasta que se convencieron ante el cuerpo inerte del revolucionario.

Estaba sin bigote, que se rasuró seguramente para disfrazarse, mien-

tras estuvo perseguido, y su calva, agujereada por una bala, que dejó horrible orificio de salida, le daba aspecto más trágico.

Ya en esos momentos, cuando aun no se conocían detalles, la gente inventaba leyendas sobre el valor de Aquiles, sobre hechos heroicos, sobre no sé cuantas cosas. La imaginación popular, volandera como la que más, lo convirtió en ídolo, y un fotógrafo malo, pero vivo, se aprovechó de las



El Zeragoza quedó vigilando la casa

placas que yo le mandara tomar para ilustrar las informaciones de «El Diario,» hizo centenares de copias y vendió una regular cantidad.

Tuvo un imitador, que lanzó á la venta postales y botones representando al Cura Hidalgo, á Madero y á Serdán, fraternalmente unidos.

De Máximo y de Carmen, los héroes verdaderos, casi nadie se acordó

Parte del Jefe Político

C. Gobernador del Estado:

Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted, que en acatamiento de la orden librada por el Juez tercero de lo Criminal para practicar un cateo en la casa número 4 de la Portería de Santa Clara y aprehender á Aquiles Serdán, por habérsele denunciado la existencia de armas y proclamas incitando á la rebelión, se trasladó á ese lugar el Coronel Jefe de la Policía, C. Miguel Cabrera, acompañado del Mayor Modesto Fregoso y de los agentes Martín Aguirre, Blas López y Vicente Murrieta.

Al penetrar al saguán fueron recibidos á balazos, resultando muertos el citado Coronel Cabrera y el agente Murrieta. El Mayor Fregoso fué sujetado por varios individuos, quienes lo golpearon y maniataron, encerrándole en uno de los cuartos de la casa de referencia. El agente Blas López pudo escapar y dió parte á los policías más inmediatos, quienes al presentarse en el lugar de los sucesos fueron recibidos con descargas, desde la azotea de la citada casa y con bombas de dinamita.

En el acto que se me dió parte, y una vez convencido de que, tanto Serdán como sus acompañantes hacían resistencia á la policía, llamé por teléfono al Jefe del Cuerpo de Rurales del Estado y pedí también fuerza al primer Regimiento. Poco después se presentaron los rurales y con éstos ocupé las bóvedas de la iglesia de San Cristóbal y la azotea de muchas habitaciones de la calle del Espejo número 7, desde donde les comencé á contestar el fuego que me hacían desde la azotea de Serdán.

Después de breves momentos se presentó un piquete de fuerza del primer Regimiento y ordené que éste ocupara, penetrando por la calle de las cruces, la torre de la iglesia de Santa Clara, en compañía de diez hombres del cuerpo rural.

En los momentos en que ejecutaba este ataque recibí orden del C. Gobernador para que con la fuerza antes mencionada y un piquete del Batallón Zaragoza, al mando del Coronel Mauro Huerta, se avanzara por

las azoteas de las casas inmediatas y que se tomara á la viva fuerza la casa en cuestión. Las órdenes fueron cumplidas y después de una terrible lucha, la casa fué tomada á viva fuerza, como ordenado estaba.

Debo mencionar el brillante comportamiento de las fuerzas, tanto federales como del Estado y de la policía, quienes cumplieron las ordenes dadas por el señor Gobernador y trasmitidas por mí.



D. Joaquín Pita, Jefe Político de Puebla.

Tuvimos que lamentar la muerte de dos gendarmes, un subteniente del primer Regimiento y un soldado del Batallón Zaragoza, figurando entre los heridos el Coronel Gaudencio G. de la Llave, seis soldados del Batallón Zaragoza y trece gendarmes; de la parte contraria hubo veinte muertos y varios heridos.

Una vez tomada la casa, encontramos en ella una buena cantidad de armas, bombas de dinamita y bastante parque. Como entre los muertos no se encontrara el jefe de ellos, Aquiles Serdán, dispuse que se catearan las casas inmediatas y establecí un servicio numeroso en el número 4, á fin de vigilarla perfectamente, pues suponía que allí permanecía oculto el ya citado Serdán.



El Oficial Vega, que tomó parte activa en el combate.

Como á las dos de la mañana el oficial Pérez, de la montada, notó algún ruido y breves momentos después vió salir á un individuo de un subterráneo, que con pistola en mano lo agredió. En la lucha que tuvo que sostener logró matar á Serdán, cuyo cadáver fué identificado como de tal.

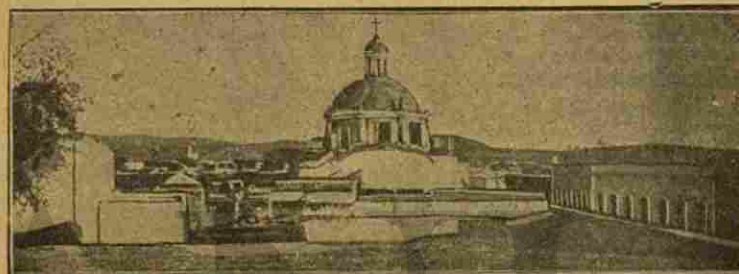
Para terminar, debo decir á esa superioridad, que, tanto el señor General don Luis G. Valle, Jefe de la Zona, como el Brigadier don Eduardo Cauz, Jefe del Primer Regimiento, y el Mayor don Joaquín Mass, estuvieron siempre en los lugares de mayor peligro dictando las medidas más eficaces para el mejor éxito de las operaciones.

Como un tributo de justicia hago especial mención de valiente comportamiento de los CC. Coroneles Gaudencio de la Llave, Mauro Huerta

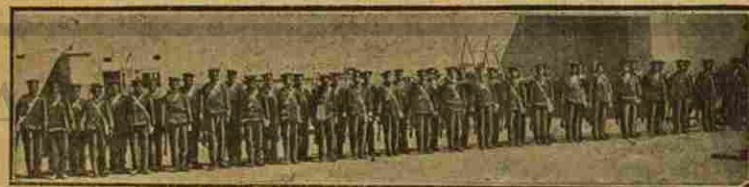
y Primo Huerta, del Teniente Coronel Lecuona, del Oficial de Policía Jacobo Galina, del Oficial segundo Portirio Pérez y del paisano Ignacio García.

Reitero á Ud. las seguridades de mi distinguida consideración.

JOAQUIN PITA.



Templo de San Cristóbal,
desde donde fué atacada la casa.



Batallón Zaragoza.

Últimos telegramas.

He aquí el texto de los últimos telegramas remitidos de Puebla, á raíz de los acontecimientos:

Del corresponsal de EL DIARIO.

PUEBLA, 19 de Noviembre.—Durante toda la noche anterior, muchas patrullas de soldados pertenecientes á los cuerpos del Estado, el primer Regimiento, y la gendarmería de á pié y la montada, estuvieron recorriendo las calles de la ciudad, listas para contener cualquier desorden que se registrara.

A las diez de la noche llegaron á la estación dos trenes militares en los que venían el 17º Batallón de infantería y un grupo de Zapadores. Estos últimos escoltaban treinta mil cartuchos destinados á las fuerzas del Estado.

En la casa de Serdán, donde habían ocurrido los lamentables acontecimientos de ayer, seguían ejerciendo una vigilancia tenaz los rurales y la policía, porque se teme que se encontrara oculta en algún subterráneo una partida de revoltosos. Además, se tenía la seguridad de que Aquiles Serdán, el principal responsable de los acontecimientos, se encontraba allí y era forzoso capturarlo.

EL ORDEN ASEGURADO.

Del corresponsal especial de EL DIARIO.

PUEBLA, 19 de Noviembre.—No se tienen temores de que ocurran aquí trastornos el día de mañana, porque las autoridades han tomado toda clase de precauciones para sofocar cualquier movimiento que se intente hacer.

La muerte de Aquiles Serdán impedirá el desarrollo de los proyectos revolucionarios; sin embargo, se cree que habrá algunos disturbios en los pueblos de San Felipe y San Gerónimo. Los obreros de las fábricas continúan tranquilos, dedicados á su trabajo.

PROVISIONES ENCONTRADAS.

Del corresponsal especial de EL DIARIO.

PUEBLA, 19 de Noviembre.—Inmediatamente después de que la policía dió muerte al cabecilla Serdán, el cadáver de éste fué trasladado al cuartel de la Policía, dándose cuenta de los hechos al señor Gobernador del Estado y al Jefe Político. Los dos, en los momentos de saber la noticia, se encontraban recorriendo las calles al frente de algunas patrullas, pero luego ocurrieron á identificar el cadáver.

Se dispuso que por la boca del subterráneo descubierto, se arrojara agua en grandes cantidades para que los individuos que en el interior hubieran buscado refugio salieran ó hallaran la muerte. Se acordó también



Coronel Gaudencio Llave, herido gravemente.

que la vigilancia en la casa del combate y en las adyacentes continuara.

A las primeras horas de la mañana de hoy se descubrieron en la casa de Serdán otras bombas de dinamita y una gran cantidad de cartuchos. La dinamita estaba húmeda. Había en el escondite provisiones para alimentar un batallón completo durante varias semanas. Los comestibles que en mayor abundancia se encontraban era bacalao, carne, quesos, conservas en lata y azúcar. Además, se recogieron de allí unos documentos comprometedores, entre los que figuran varias proclamas al Ejército, que están firmadas del puño y letra de Francisco I. Madero, tres de los docu-

mentos, eran nombramientos de Jefes Políticos y un vasto plan revolucionario en el que se hacían explicaciones de cómo debían efectuarse los levantamientos el día anunciado.

CUAL ERA EL PLAN.

El proyecto revolucionario á que se hace alusión, consistía en que partiera un cuerpo de sublevados de la plazuela del Carmen y otro del punto conocido con el nombre de barrio de Analco, debiendo los dos, en su camino, asesinar á cuantas personas se encontraran, con el objeto de producir pánico entre todos los habitantes de la ciudad.

Las dos partidas debían reunirse en la plaza denominada el Zócalo,



Sepelio del Coronel Cabrera,

donde matarían á los policías que estuvieran de vigilancia, á los soldados y á los jefes que encontraran. Luego se instalarían en el Palacio del Gobierno, incendiando en seguida las principales casas de comercio y las de los particulares. El plan, en resumen, consistía en destruirlo todo.

Conclusión

El diez y nueve de noviembre, es decir, al día siguiente de los sangrientos sucesos que he tratado de relatar, una compacta multitud se agolpaba frente a la puerta del Cuartel de Policía, ávida de curiosar los cadáveres de los que tan brava defensa habían hecho de la casa de Serdán, y muy principalmente con el deseo de ver el cuerpo del cabecilla.

Cuando subí á los corredores para encaminarme á la pieza del mayor Fregoso, dirigí una rápida ojeada al patio, y quedé atónito ante el cuadro espantoso que representaba.

En el suelo, en fila, con un alineamiento macabro, yacían los cuerpos de unos diez y ocho hombres, todos perforados por quien sabe cuantas balas, ennegrecidos todos, desfigurados al grado de hacer imposible la identificación.

Todos ellos, con la muerte, eran iguales. No se diferenciaban ni los vestidos, ni las facciones ni nada. Eran unos despojos casi sin forma humana.

Y en un rincón, en el suelo también, el cadáver de Aquiles, todavía sucio de sangre y de tierra.

Bajé después, para hacer que un fotógrafo los retratara, y cuando uno de los presos que curioseaban comprendió mis deseos, se agachó, metió ambas manos bajo la cabeza calva de Serdán y la colocó sobre un ladrillo, retirándose de allí con las manos cubiertas de sangre del muerto.

Tomamos la fotografía que aparece en este libro, y salí de aquel lugar, triste, muy triste, como de un cementerio después de sepultar á mis hermanos.....

Todos los cadáveres, excepción hecha del de Serdán, según tengo entendido, fueron sepultados en la fosa común del cementerio Municipal, sin haberse logrado, por más esfuerzos que se hicieron, la identificación.

Desde aquel entonces, Puebla ha estado en constante alarma, pues con frecuencia circulan versiones de que los revoltosos toman la ciudad, de que habrá bombas de dinamita, y asesinatos, y saqueos.

Por fortuna, ningún mitote ha vuelto á registrarse.

Fin.

mentos, eran nombramientos de Jefes Políticos y un vasto plan revolucionario en el que se hacían explicaciones de cómo debían efectuarse los levantamientos el día anunciado.

CUAL ERA EL PLAN.

El proyecto revolucionario á que se hace alusión, consistía en que partiera un cuerpo de sublevados de la plazuela del Carmen y otro del punto conocido con el nombre de barrio de Analco, debiendo los dos, en su camino, asesinar á cuantas personas se encontraran, con el objeto de producir pánico entre todos los habitantes de la ciudad.

Las dos partidas debían reunirse en la plaza denominada el Zócalo,



Sepelio del Coronel Cabrera,

donde matarían á los policías que estuvieran de vigilancia, á los soldados y á los jefes que encontraran. Luego se instalarían en el Palacio del Gobierno, incendiando en seguida las principales casas de comercio y las de los particulares. El plan, en resumen, consistía en destruirlo todo.

Conclusión

El diez y nueve de noviembre, es decir, al día siguiente de los sangrientos sucesos que he tratado de relatar, una compacta multitud se agolpaba frente a la puerta del Cuartel de Policía, ávida de curiosear los cadáveres de los que tan brava defensa habían hecho de la casa de Serdán, y muy principalmente con el deseo de ver el cuerpo del cabecilla.

Cuando subí á los corredores para encaminarme á la pieza del mayor Fregoso, dirigí una rápida ojeada al patio, y quedé atónito ante el cuadro espantoso que representaba.

En el suelo, en fila, con un alineamiento macabro, yacían los cuerpos de unos diez y ocho hombres, todos perforados por quien sabe cuantas balas, ennegrecidos todos, desfigurados al grado de hacer imposible la identificación.

Todos ellos, con la muerte, eran iguales. No se diferenciaban ni los vestidos, ni las facciones ni nada. Eran unos despojos casi sin forma humana.

Y en un rincón, en el suelo también, el cadáver de Aquiles, todavía sucio de sangre y de tierra.

Bajé después, para hacer que un fotógrafo los retratara, y cuando uno de los presos que curioseaban comprendió mis deseos, se agachó, metió ambas manos bajo la cabeza calva de Serdán y la colocó sobre un ladrillo, retirándose de allí con las manos cubiertas de sangre del muerto.

Tomamos la fotografía que aparece en este libro, y salí de aquel lugar, triste, muy triste, como de un cementerio después de sepultar á mis hermanos.....

Todos los cadáveres, excepción hecha del de Serdán, según tengo entendido, fueron sepultados en la fosa común del cementerio Municipal, sin haberse logrado, por más esfuerzos que se hicieron, la identificación.

Desde aquel entonces, Puebla ha estado en constante alarma, pues con frecuencia circulan versiones de que los revoltosos toman la ciudad, de que habrá bombas de dinamita, y asesinatos, y saqueos.

Por fortuna, ningún mitote ha vuelto á registrarse.

Fin.

*Henerius
Suarez de Puebla*



"GAMBRINUS"

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EL

RESTAURANT

MAS

ACREDITADO DE MEXICO.

LA

CANTINA mejor Atendida

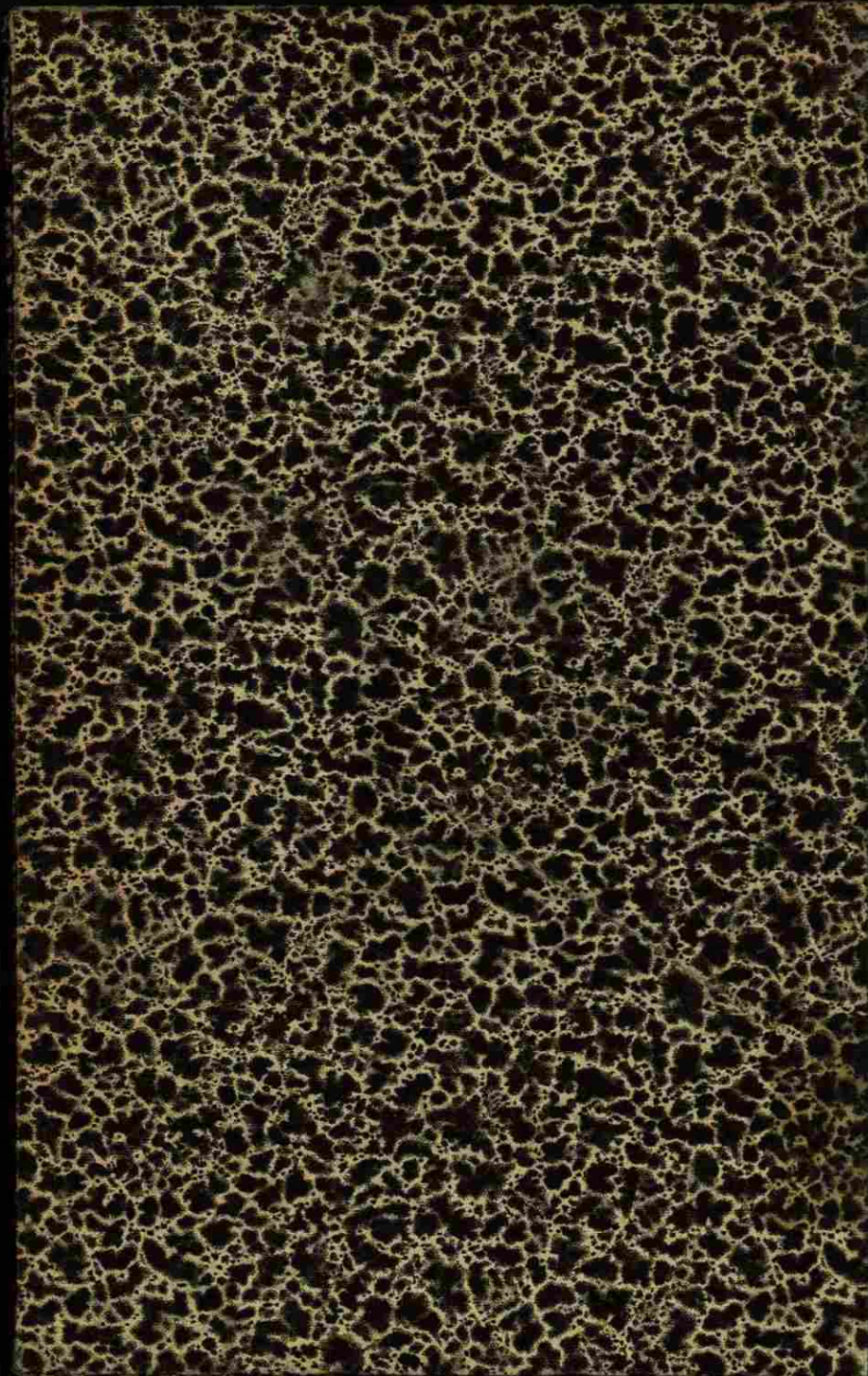
DE LA

METROPOLI.

ATTILIO BELLATO,

PROPIETARIO.





F
E
H
10